.UBAsociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Repositorio Digital Institucional

Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación

Título del documento: Fútbol y clase: un análisis sobre el fútbol femenino en las zonas elitistas de la provincia de Buenos Aires

Autores (en el caso de tesistas y directores):

Agustina Clara Perez Contreras

Mauro Vázquez, dir.

Datos de edición (fecha, editorial, lugar,

fecha de defensa para el caso de tesis): 2021

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.
Para más información consulte: http://repositorio.sociales.uba.ar/

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)
La imagen se puede sacar de aca: https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR

Repositorio Digital Institucional

.UBAsociales
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

FÚTBOL Y CLASE: UN ANÁLISIS SOBRE EL FÚTBOL FEMENINO EN LAS ZONAS ELISTISTAS DE LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

INTRODUCCIÓN

Partiendo de la idea de que el fútbol es un deporte que se popularizó en Argentina como una actividad propia de las clases populares y de llegada masiva en la Argentina, y ha sido encasillado y visualizado como objeto netamente masculino, voy a estudiar el lugar que le dan al deporte las mujeres que lo practican de manera amateur en torneos de fútbol femenino en las localidades del conurbano bonaerense norte, y si está practica es casual o está guiada por darle un sentido determinado a dicha actividad. Si bien la cuestión del género en diferentes deportes ha sido ya investigada de múltiples maneras, son escasos los estudios que analizan a las mujeres en el mundo del fútbol, y aún más, aquellas que juegan en las zonas más elitistas de Buenos Aires.

En la presente investigación me voy a centrar en el fútbol femenino en la zona norte del conurbano bonaerense ya que me interesa indagar cómo funciona o cómo llegó a instalarse un deporte socialmente masculino y de origen popular en las clases más altas de la provincia. A partir de esto, parto de la hipótesis de que las mujeres, en estas esferas de la sociedad, no se apropian del fútbol masculino con la intención de romper ciertos esquemas o estereotipos que rodean el mundo del fútbol femenino, sino que se sumergen en este deporte con el objetivo de sociabilizar y establecer relaciones a partir de una actividad física de moda en este momento.

En primer lugar, voy a desarrollar el contexto histórico en el que surgió el fútbol masculino y femenino, a nivel mundial y en Argentina en particular, para entender la relevancia del presente trabajo ya que la elección de la temática centrada en las mujeres que se dedican al fútbol en clases medias y altas no es casual.

En segundo lugar, voy a explayarme en la metodología seleccionada ya que se llevaron a cabo entrevistas cuantitativas, con el objetivo de cuantificar los datos, y, por otro lado, entrevistas cualitativas para lograr definir y conocer de manera exhaustiva las características, en relación a la práctica deportiva, de todas las mujeres entrevistadas.

Finalmente, voy a desarrollar el análisis a partir de cinco categorías que rondan alrededor del mundo del fútbol femenino en forma de mitos, prejuicios o estereotipos. Las mismas se basan en la sexualidad de las mujeres y la

existencia lésbica en el campo de juego, el control de los cuerpos, la elección del vestuario y la indumentaria guiada por la erotización de cuerpos, la trivialización de las capacidades deportivas y el exceso de sentimentalismo, y la narrativa nacional constructora de una patria masculina hegemónica que es excluyente del género femenino. A partir de detallarlas voy a analizar si las mismas están presentes en las jugadoras de los torneos locales trabajados y si les dan importancia a la hora de desarrollarse en el mundo del fútbol.

CONTEXTO

FÚTBOL MASCULINO MUNDIAL

Los orígenes del fútbol se remontan desde el siglo III a.C. debido a que existían puntos en común entre diferentes juegos de pelota. Uno de ellos fue en la dinastía Hande en la antigua zona media de China, en la que se practicaba un juego llamado ts'uh Kúh que consistía en lanzar una pelota con los pies hacia una pequeña red de diferentes materiales. Otra variante de estos tipos de juegas fue la japonesa, llamada kemari, en la cual el objetivo era mantener una pelota en el aire pasándola entre los jugadores. En el Mediterráneo, por otro lado, se destacaron dos formas de juego: el harpastum en Roma y el epislcyros en Grecia, en ambos casos el juego era disputado por dos equipos en un terreno rectangular demarcado y dividido a la mitad por una línea. Los jugadores de cada equipo podían pasarse un pequeño balón entre ellos, y el objetivo era enviarlo al campo contrario.

Sin embargo, los primeros códigos futbolísticos se desarrollaron en las islas británicas durante la Edad Media. El registro más antiguo de una actividad similar al fútbol moderno surgió en 1170 de la mano de un texto de William FitzStephen, donde explicaba la realización de un juego de pelota practicado por los jóvenes londinenses. Éstos se caracterizaban por su poca organización y violencia extrema. El número de participantes por equipo era por lo general ilimitado, llegando incluso a participar pueblos enteros en dicha actividad. Prácticamente cualquier forma de trasladar el balón a la meta contraria, a veces ubicada en el pueblo rival, era válida, aunque lo único que se prohibía era asesinar a alguna persona.

La formación definitiva de una asociación de fútbol tuvo su momento culminante durante el siglo XIX. En 1848, representantes de diferentes colegios ingleses se dieron cita en la Universidad de Cambridge para crear el código Cambridge, que funcionaría como base para la creación del reglamento del fútbol moderno. Finalmente, en 1863, en Londres, se oficializaron las primeras reglas del fútbol asociación.

Con la realización de la primera reunión de la International Football Association Board en 1886 y la fundación de la FIFA en 1904, el deporte logró una gran amplitud y llegada a lo largo del mundo. A partir de 1930, se comenzó a disputar la Copa Mundial de Fútbol que, con los años, se consagró como el evento deportivo con mayor audiencia en todo el mundo.

FÚTBOL MASCULINO ARGENTINA

El fútbol llegó a Argentina a mediados del siglo XIX, con los inmigrantes británicos que llegaron al país en ese entonces, principalmente por la construcción del ferrocarril. En 1867, los hermanos Thomas y James Hogg invitaron, a través de un aviso en el diario *The Standard*, a una reunión para intentar propulsar la práctica del fútbol en este país. El primer partido fue convocado por el Buenos Aires Cricket Club, a iniciativa de los hermanos Hogg, que enfrentó al Buenos Aires Football Club, disputado en los bosques de Palermo, cuatro años después de que se jugara el primer partido de fútbol moderno en el mundo, según las reglas de 1863. Desde entonces, y durante varias décadas, el fútbol se practicó en los clubes y escuelas fundados por los inmigrantes británicos. Es decir que, el fútbol, solía practicarse en lugares que no se dedicaban exclusivamente a ello. También se jugaba en lugares con fuerte presencia de ciudadanos ingleses, como las empresas ferroviarias.

En 1891, se creó la primera asociación de fútbol en Argentina: *The Argentine Association Football League*. La misma existió poco tiempo, pero organizó el primer campeonato oficial. Dos años después, Alexander Watson Hutton fundó la liga definitiva, *The Argentine Association Football League*, que adoptaría finalmente la denominación de *Asociación del Fútbol Argentino*, octava asociación de fútbol en crearse en el mundo.

Durante el siglo XX, comenzó el conocido proceso de popularización del fútbol, debido a la creación de cientos de clubes que canalizaron el ingreso masivo al deporte de los sectores populares, muchos de ellos trabajadores y descendientes de inmigrantes. Esto provocó un alejamiento de los clubes vinculados a la comunidad británica y la clase alta, que se volcaron a otros deportes como el tenis, el rugby y el hockey femenino sobre césped, quedando el fútbol relegado para los sectores más bajos.

Sin embargo, en las primeras dos décadas del siglo, predominó el llamado “amateurismo marrón”, por medio del cual, los clubes abonaban sumas de dinero a sus jugadores de manera informal y antirreglamentaria. Sumado a esto, la práctica masiva se canalizó a través del llamado "fútbol de potrero", sin institucionalidad ni supervisión alguna. Esto se debió principalmente a que los clubes nunca organizaron la práctica recreativa del fútbol dentro de la población como así tampoco se hizo dentro del sistema escolar. Este hecho fue fundamental para la creación del “fútbol argentinizado” como se conoce hoy en día ya que impulsó un estilo propio y original de los jugadores, denominado "criollo" o "rioplatense" y que fue justamente percibido como opuesto al estilo "inglés" que había impulsado el fútbol.

En 1912, la Asociación Argentina de Football se asoció a la FIFA (Federación Internacional de Fútbol) y fue miembro fundador de la *Confederación Sudamericana de Fútbol* (Conmebol) en 1916. No obstante, en 1931, tras un largo proceso de huelgas de futbolistas, se produjo una fractura y 18 clubes decidieron retirarse de esa asociación, que era, hasta ese entonces, la entidad oficial. Fue entonces que decidieron formar la *Liga Argentina de Football*. La misma era disidente de la FIFA y ayudó a impulsar el profesionalismo en el fútbol masculino. El mal desempeño del seleccionado en el Mundial de 1934, sumado a la poca convocatoria que tenían los torneos que organizaba la Asociación, provocó que en ese año se fusionaran ambas entidades, dando forma definitiva a la AFA.

Según lo que desarrolla Julio Frydenberg, el fútbol, a su vez, fue impulsado gracias a la transformación de los vecindarios, es decir, la aparición de los hoy llamados “barrios”:

> El movimiento urbano y social que abarcó el nacimiento de los barrios implicó la aparición de un nuevo espacio público local, estructurado en nuevas asociaciones (como sociedades de fomento, bibliotecas populares y clubes), nuevos actores sociales (las barriadas socialmente homogéneas), nuevos escenarios en la calle (la esquina y el café de barrio) nuevas sociabilidades y una nueva cultura de los sectores populares (2009: 1).

Para el autor, el elemento articulador entre el fútbol y la ciudad fueron las identificaciones territoriales, es decir, lo que se definiría como lo local, lo perteneciente o relativo a un lugar determinado.

> Esos nuevos escenarios solo fueron posibles cuando la sociedad conoció algunos cambios significativos que giraron en torno de: • creciente tiempo libre y nivel de vida de las mayorías; • el nacimiento de una nueva sociabilidad masculina; • un nuevo espacio público ligado a la acción estatal, los espacios de sociabilidad urbana y los medios de comunicación de masas; • nuevos medios de transporte interbarriales; • nuevos medios de comunicación de masas, como la prensa escrita popular y la radio; • nuevos aprendizajes de los habitantes de la ciudad en su transformación en público, que en el caso porteño tendió desde el principio a transformarse en participante activo del espectáculo futbolístico (contexto ritual semanalmente repetido) (2009; 5).

Es decir, el gran crecimiento del fútbol, que hoy en día parece tan naturalizado por todos, se dio a raíz de muchas circunstancias sociales, culturales y económicas que estaban sucediendo, en ese entonces, en la Argentina.

Otra cuestión relevante que sucedió fue la aparición de clubes fuera de Buenos Aires, provincia que era el centro dónde se estaba desarrollando popularmente el deporte. En este sentido, los torneos organizados por la AFA eran considerados de carácter nacional, pero solamente competían los equipos de la ciudad de Buenos Aires, el conurbano bonaerense y dos de la ciudad de La Plata, como en la era anterior a la creación de esta entidad. Esto hizo que clubes de otras regiones desearan disputar dichos campeonatos y, aunque a los equipos de Rosario, ya se les había permitido participar en las copas nacionales oficiales organizadas por la AFA y sus antecesoras, fue recién a partir de 1939 que, con la incorporación en la primera división de los equipos Newell's y Rosario Central, se fueron sumando de manera lenta y progresiva a las distintas categorías de ascenso equipos de las provincias de Buenos Aires y Santa Fe. Sin embargo, esto no llegó a generalizarse al resto del país. En 1966, el interventor de AFA, Valentín Suárez, determinó que los equipos del interior del país compitieran en un campeonato de primera federal. A partir de entonces, el fútbol se revolucionó tal como era conocido hasta ese entonces, y se formó el llamado Torneo Nacional. Esto provocó que una parte del torneo se

jugara como hasta ese momento, mientras que, por otro lado, regía este nuevo torneo para equipos del interior.

A partir de la temporada de 1985 – 1986, se eliminó el Torneo Nacional dividido en dos partes y se estableció un sistema de ascensos y descensos. Sin embargo, esto se llevó a cabo con la intención de que aquellos clubes indirectamente afiliados llegaran a la máxima categoría, lo cual se lograba a través de una nueva segunda división, en la que se alojaban los otros equipos. Éste se volvió torneo anual único para todos los equipos de Argentina, pero, esta vez, se establecía a partir del calendario europeo, es decir, en dos semestres de años sucesivos.

Desde la década de 1970, la multiplicación de las competencias con equipos europeos, así como la posibilidad masiva de observar otros estilos de fútbol gracias a la televisión y la internacionalización del mercado de jugadores, produjo una evolución en el estilo del fútbol argentino, fusionando las características básicas del fútbol de potrero *(*juego basado fundamentalmente en la improvisación y la habilidad individual con el manejo de la pelota, el llamado "arte de la gambeta", el dribbling y el pase corto, así como un juego defensivo más físico y violento) con muchos elementos que caracterizaban al fútbol europeo, es decir, un juego colectivo y coordinado, guiado por planes estratégicos, pases de primera, "paredes", triangulación y mayor velocidad en el juego. El resultado de la fusión entre ambos fue la creación de un estilo más efectivo, que llevó a los jugadores a obtener gran cantidad de victorias internacionales y que suele ser referido de manera genérica como un "fútbol sudamericano".

A partir de la década del 90 surgieron las "escuelitas de fútbol", centros generalmente privados y dirigidos por deportistas y profesionales de la educación física, destinados a enseñar a los niños a jugar al fútbol y a organizar dicha práctica. Sumado esto, la creciente urbanización llevó a que el potrero quedara cada vez más relegado de la formación de los futbolistas.

FÚTBOL FEMENINO

A lo largo de la historia se dio la aparición de juegos similares al fútbol, pero en los cuales participaban las mujeres. Durante la dinastía Tang, en China, se

desarrolló el cuju o *Tsu Chu.* Este juego se practicaba con un balón de cuero relleno de plumas y pelo enrollado, y consistía en lanzarse la pelota a los pies hasta hacerla entrar en una red ligada en los extremos con varas de bambú. A su vez, en Escocia (Midlothian), existen registros de juegos femeninos anuales de alguna variante del chino que datan de 1790. Por otro lado, luego de siglos de prohibición para impedir a las mujeres hacer este tipo de actividades, en 1863, Gran Bretaña estableció ciertas normas para evitar la naturaleza violenta del deporte y que fuera aceptado para que las mujeres lo practicaran. Si bien existen dudas y no hay datos exactos y certeros con respecto a la fecha exacta del primer encuentro, se sostiene que pudo haber sido en 1892 en Escocia o en Inglaterra en 1895.

Gracias a la incorporación de la mano de obra femenina en el sector industrial durante la Primera Guerra Mundial, revivió el fútbol femenino. El equipo más popular de la época fue el Dick, Kerr's Ladies, conformado por trabajadoras de la empresa Dick, Kerr & Co, ubicada en Reino Unido. En 1920, el equipo disputó los primeros encuentros internacionales: frente a Escocia logró una victoria por 22 goles a 0 y ante un equipo francés, venciendo por 2 a 0. Ese mismo año, el equipo marcó el récord de público para un encuentro femenino en Inglaterra: 53.000 personas.

En 1921, Football Association prohibió la realización de partidos de mujeres en los estadios de la Football League, logrando que bajara la popularidad de los encuentros femeninos. Pero, pese a todo, el deporte continuó existiendo. En 1969, se fundó un equivalente femenino a la Football Association: la *Women's Football Association.* La entidad logró que en 1971 se levantara el bloqueo puesto en 1921 para que las mujeres no jugaran y se realizó el primer encuentro oficial internacional entre selecciones.

Durante los años 1970 y 1980 se disputaron varios torneos mundiales femeninos de carácter no oficial y un torneo de carácter amistoso organizado por la FIFA en 1988. En 1991, por iniciativa del presidente de la FIFA de ese momento, João Havelange, se realizó la primera edición de la Copa Mundial Femenina de Fútbol. En ese año, Argentina participó y lo continuó haciendo, pero, fue recién en 2003, que clasificó por primera vez, volviéndolo a hacer en el año 2007, aunque ambas veces quedó eliminada en primera ronda.

En 2006 obtuvo por primera vez el campeonato. El mismo fue el Sudamericano Femenino, derrotando a Brasil y, clasificando así, para los Juegos Olímpicos de Pekín 2008 (siendo la primera selección de habla hispana en participar). Luego de algunos años sin clasificaciones, las jugadoras del seleccionado argentino participaron de los Juegos Suramericanos de 2014, ganando la medalla de oro y alzando la copa. Recién en 2016 se realizaron cambios en cuanto a la organización de los torneos femeninos. Dicho año se establecieron dos categorías: la Primera División A y B, sin embargo, siguió y sigue hasta ahora, organizada y administrada por la AFA.

En 2019, luego de 12 años sin jugar un Mundial, las futbolistas lograron hacerlo y con una gran hazaña. A pesar de no pasar la fase de grupos, en el último partido que disputaron contra Escocia, las jugadoras argentinas iban perdiendo 3 a 0, cuando lograron el empate marcando 3 goles en los dos últimos minutos restantes para el final del partido.

PROPUESTA

Para llevar a cabo la presente investigación, voy a partir de cinco ejes que rodean al fútbol femenino, y permiten la construcción de una identidad común de mujeres que lo practican en distintos torneos locales del conurbano norte de la provincia de Buenos Aires. Las nociones se dividirán en sexualidad, corporalidad, vestimenta/indumentaria, capacidades deportivas y narrativa nacional, teniendo en cuenta el contexto en el que éstas mujeres practican el deporte y qué cuestiones motivan dicha actividad (ya sean meramente deportivas, una actividad personal o que tenga una connotación simbólica relacionada con una rebelión contra el mundo masculino del fútbol).

Pese a todos los cambios culturales y sociales, y las nuevas posibilidades que han surgido alrededor del fútbol femenino, en la actualidad argentina la realidad es otra. Si bien es cierto que el número de mujeres que se interesa por practicar el deporte, por lo menos de forma amateur, ha crecido en los últimos ocho años, eso no significa que el entramado hermético, netamente masculino que se ha conformado alrededor del fútbol, haya desaparecido. Por el contrario, se ve bien desarrollado en el análisis que vamos a llevar a cabo en las próximas secciones.

Los conceptos enumerados están vinculados a los mitos[1] (Barthes, 2003) y estereotipos[2] (Amossy y Herschberg Pierrot, 2001) que circulan en el ámbito del fútbol tradicional en relación a las mujeres que toman la decisión de sumergirse en ese mundo. En este aspecto, se construye un consenso en relación a las ideas que circulan alrededor del futbol femenino, volviéndolas naturales para no sólo aquellos que las profesan sino también para la sociedad en general. Este poder mitificador se define en relación a que las mujeres no pueden relacionarse con el fútbol por sus características propias del género, o, en todo

[1] Barthes plantea que el mundo provee al mito de un real histórico, definido (…) por la manera en que los hombres lo han producido o utilizado; el mito restituye una imagen *natural* de ese real (2003: 238). El mito no niega las cosas, su función, por el contrario, es hablar de ellas; simplemente las purifica y vuelve inocentes (2003: 239).

[2] Retomando a Lippmann, los autores definen al estereotipo como “lo real que necesariamente es filtrado por imágenes y representaciones culturales preexistentes”, es decir que “las imágenes que nos hacemos de los otros pasa por categorías a las que los vinculamos” (2001: 36). Además, como plantea Stuart Hall, “el estereotipo reduce (a) la gente a unas cuantas características simples, esenciales que son representadas como fijas por parte de la Naturaleza” (2010: 429).

caso, pueden hacerlo únicamente de determinadas maneras. Tomando a estos autores, puede afirmarse que el mito y el estereotipo, permiten conformar legitimidades en relación a ciertas temáticas sociales, que difícilmente pueden generar una oposición. En este caso del fútbol femenino, actúan de forma conjunta guiada por el sistema patriarcal para lograr una idea concisa sobre las mujeres que se desarrollan en el fútbol y lograr una generalización y naturalización de esas ideas e imágenes en la sociedad.

En primer lugar, está presente la cuestión de la sexualidad, relacionada directamente con las elecciones sexuales de las jugadoras con el fin de catalogarlas a todas por igual, restándole valor a la particularidad de cada una en dicha práctica y, utilizando como insulto la homosexualidad, poniéndoles el mote de lesbianas con la intención de quitarles mérito.

Otra de las nociones que se van a desarrollar en la presente investigación se vincula con la corporalidad. Hace referencia a la idea de que el cuerpo femenino aparece como objeto de sanción por parte de quienes dominan el mundo masculino del fútbol. En este sentido, Gerda Lerner define: “el patriarcado, en su definición más amplia, es la manifestación y la institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los niños de la familia y la ampliación de ese dominio masculino sobre las mujeres a la sociedad en general.” (1990: 340).

Por tanto, esta cuestión de la corporalidad, se centra principalmente en que, en la actualidad, el concepto de patriarcado hace alusión a que los hombres tienen poder sobre las mujeres, ya sea en instituciones específicas como en la sociedad en general.

En este sentido, el cuerpo de las futbolistas presenta una dicotomía, por un lado, un cuerpo físicamente poderoso (si se tiene en cuenta la idea del lesbianismo) y, por otro, un cuerpo débil y pasivo (establecido por la idea de inferioridad que se les asigna a las mujeres).

La tercera categoría, que se relaciona con lo último mencionado, es la de las capacidades deportivas. En este aspecto se analizará el razonamiento existente de que la mujer es biológicamente inferior y, además, tiene como característica un exceso de sentimentalismo por medio del cual se trivializan las capacidades femeninas de poder jugar al fútbol.

A partir de esta idea, se presenta una cuarta categoría que se relaciona con la elección de la vestimenta o indumentaria de las jugadoras. Esto es sumamente relevante ya que la vestimenta tiene un valor simbólico para ellas. Pero, a su vez, la elección de determinada indumentaria está guiada por los estereotipos de las jugadoras presentadas en la sociedad, los cuales cosifican el cuerpo de la mujer. Ellas creen que hacen una elección consciente y propia, pero, como veremos un poco más adelante, no es del todo así.

Por último, la noción de narrativa nacional[3], trabajada por Alabarces (2013) con otros deportes en general y con el fútbol en particular, es fundamental para la investigación. En este punto se analizará la narrativa nacional en contraposición con la cuestión del género femenino, por medio de la cual se construye y promueve una masculinidad hegemónica en el fútbol que no acepta a mujeres en él.

Las categorías elegidas establecen un tipo de identificación[4] de las futbolistas que se construye a partir de ciertos presupuestos que rodean a esta práctica femenina, los cuales circulan por la sociedad, en numerosos casos, con gran carga machista. El asunto está en comprobar si la identidad que se

[3] Para Alabarces, la narrativa nacional es "una narrativa masculina de la nación, producida, reproducida, protagonizada y administrada por hombres… como la mayoría de los relatos nacionalistas. En el caso del fútbol argentino, la sobrerrepresentación masculina es tan agobiante que desplaza cualquier otra posibilidad, incluso la mínima existencia del fútbol femenino, que tiene una presencia muy débil en el país; en relación con la extensión del fútbol masculino, parece casi inexistente" (2013: 29).

[4] Brubaker y Cooper, quienes hacen un exhaustivo análisis del término, definen el término en una de las siguientes formas: Identidad "entendida como un fenómeno específicamente colectivo, "identidad" denota una igualdad fundamental y consecuente entre los miembros de un grupo o categoría. Esto puede ser objetivamente (como una igualdad "en sí misma") o subjetivamente (como una igualdad experimentada, sentida, o percibida). Se espera que esta igualdad se manifieste como solidaridad, como una conciencia y disposiciones compartidas, como acción colectiva. Este uso se encuentra especialmente en la literatura sobre movimientos sociales; género; y sobre raza, etnicidad, y nacionalismo" (2001: 35). Los autores entienden que la identificación "invita a la identificación de los agentes que llevan a cabo la tarea de identificar. Pero la identificación no requiere un "identificador" específico; puede ser penetrante e influyente, aunque no sea realizada por personas o instituciones discretas y específicas. La identificación puede ser llevada a cabo de forma más o menos anónima por discursos y narrativas públicas. A pesar de que un análisis detallado de dichos discursos o narrativas bien podría concentrarse en sus instanciaciones en emisiones discursivas o narrativas, su fuerza puede depender no de cualquier instanciación particular sino de aquellas cosas anónimas y desapercibidas que se filtran de nuestros modos de pensar y hablar y de darle sentido al mundo social" (2001: 43)

forma de las futbolistas coincide con la mirada que tienen ellas de sí mismas, y, sobre todo, si los prejuicios que circulan en general alrededor del fútbol femenino coinciden con las particularidades y experiencias de las mujeres que juegan en torneos de zona norte.

METODOLOGÍA - ANÁLISIS CUANTITATIVO Y CUALITATIVO

Para poder analizar la temática elegida, se decidió por el siguiente instrumento de medición: por un lado, para la recogida de la información general se utilizó un cuestionario, una entrevista de tipo cuantitativa, en la que se consultó una muestra de treinta y cinco jugadoras de distintos equipos de diferentes torneos locales. A partir de esos datos, se pudo establecer una generalidad para determinar las características de las mujeres que juegan al fútbol de forma amateur en Zona Norte. Posteriormente, se seleccionó, según las respuestas en la entrevista anterior, a cuatro jugadoras que, de manera más cualitativa, sirvieran de informantes a lo largo de la investigación para que fueran ampliando las respuestas según las necesidades que se presentaran.

Retomando la primera parte de la metodología, en las primeras 10 preguntas de las entrevistas cuantitativas, se consultó sobre datos de tipo duro sobre las jugadoras: edad, estado civil, si tienen hijos, el lugar de residencia, con quien viven, si el lugar donde lo hacen es alquilado, prestado o les pertenece, el nivel educativo, si los estudios realizados los hicieron en instituciones públicas o privadas, situación laboral y si la modalidad del trabajo es full time, part time o freelance.

Finalizada esta sección, se pasó a hacer preguntas sobre fútbol exclusivamente, tanto a nivel personal como local y más general. En relación a sus prácticas particulares, se les consultó en cuántos y cuál/ cuáles torneos juegan, el nombre del equipo, si utilizan indumentaria personalizada, si tienen indumentaria profesional (botines, guantes, protectores), si la misma es propia o prestada, si realizan entrenamientos por fuera del torneo, y cómo se trasladan a la cancha. Por otro lado, se les solicitó que hablaran respecto a cómo se insertaron en el fútbol, el lugar que ocupa en sus vidas y las diferencias que encuentran con la forma de jugar de los hombres.

Habiendo recolectado toda esta información, se puede establecer que las participantes del estudio son treinta y cinco mujeres que juegan al fútbol en torneos locales dentro del conurbano bonaerense norte. Los torneos de fútbol femenino que se incluyeron en la muestra son: Ohana, Lady Sport y El Sapo. Cada torneo cuenta con diferentes días en los que se llevan a cabo las fechas,

en las cuales los equipos inscriptos se disputan el partido correspondiente contra otro equipo. Esto significa que un equipo no puede jugar más de una vez por semana en el mismo torneo (y por tal motivo, muchos equipos juegan en diferentes torneos). Lady Sport tiene como opción de juego los viernes y sábados, El Sapo le suma también los miércoles y Ohana además de todos los días mencionados anteriormente, tiene fecha los domingos. Todos los partidos son de fútbol 5 y cada equipo debe tener un nombre.

De las mujeres entrevistadas, el 54,3% juega en Lady Sport, mientras que el 34,4% en El Sapo, y el 11,3% restante en Ohana. Además, de las 35, 12 jugadoras juegan también en otros torneos fuera de Zona Norte. El 51,4% tiene un rango de edad entre los 24 y 30 años, el 22,9% tiene de 18 a 23 años y el 11,4% entre 30 y 35 años, y el 14,3% restante tiene entre 36 y 45 años. Del 100% de las jugadoras, un 91,4%, es decir, 32 jugadoras, no tienen hijos.

En cuanto al estado civil, el 54,3% está soltera, el 28,6% está en pareja y el 17,1% convive con su pareja (una sola está casada). Y, en relación a con quién vive cada jugadora, 20 (57,2%) viven con sus padres y/o hermanos, es decir con algún familiar, 7 (20%) viven en pareja, 5 (14,3%) lo hacen solas, 2 conviven con su pareja e hijo/s y, por última, una sola con su hijo. En referencia al lugar donde residen, el 54,3% de las jugadoras afirma que la vivienda pertenece a alguna de las personas con las que conviven, es decir, un poco más de la mitad. Por otro lado, el 34,3% alquila el lugar dónde vive y el 11,4% es dueña.

La mayoría de las jugadoras de los torneos investigados aclara que, en cuanto al lugar de residencia, viven en el conurbano norte de la provincia. Una considerable cantidad de ellas teniendo en cuenta las distancias, reside en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y se trasladan al Conurbano únicamente para jugar los torneos. Este grupo conforma el 14,3%. En cuanto a la Zona Norte de la Provincia de Buenos Aires, en el partido de San Isidro el porcentaje de jugadoras residentes es del 37,2%, del partido de Vicente López se desprende un 31,5% mientras que el resto se reparte entre los partidos de San Fernando, Tigre y Pilar.

Los resultados referidos al nivel educativo señalan que el 62,9% (22) está o finalizó un nivel universitario y el 20% (7) estudia o estudió un terciario, esto

significa que el 82,9% tiene un nivel educativo mayor que la secundaria. Por otra parte, del 17,1% (6) de las jugadoras que sólo tienen nivel secundario, tres de ellas tienen 18 años por lo que se desprende que aún no han terminado los estudios secundarios. Sumado a esto, ante la consulta de qué estudios realizaron en instituciones privadas, 16 jugadoras hicieron o hacen todos en dichas instituciones, 11 estudiaron en colegios privados en la primaria y/o secundaria únicamente, 5 futbolistas no hicieron ningún estudio en estas instituciones y las 3 restantes sólo hicieron los estudios universitarios o el terciario en instituciones públicas.

Respecto de la situación laboral, el 80% de las jugadoras trabaja en relación de dependencia, y, dentro de ese porcentaje, el 57,1% lo hace de manera full time, mientras que de forma part time el 22,9%. Por otro lado, tres jugadoras trabajan de manera autónoma (o freelance), dos se encuentran desempleadas al momento de la entrevista y una se dedica únicamente a estudiar.

Las preguntas realizadas hasta este punto se hicieron con el fin de determinar el nivel socioeconómico y cultural de las jugadoras entrevistadas que son representativas de mujeres que juegan en torneos locales en el Conurbano Bonaerense Norte. Se puede concluir que las jugadoras de estos torneos poseen un buen nivel económico debido a trabajan para costear sus gastos, o sus familias lo tienen debido a la educación que recibieron. Además, 19 jugadoras tienen auto propio por medio del cual asisten a jugar, 7 coordinan con otras jugadoras para compartir el viaje en auto, y tan solo 9 utilizan el transporte público. Por otra parte, estos torneos son pagos, se abona un partido por fecha y un dato relevante es que las 35 jugadoras entrevistadas tienen indumentaria personalizada para su equipo (y dentro de los equipos las que no tienen es porque se han sumado recientemente), a su vez todas tienen indumentaria profesional acorde, como botines, guantes, canilleras y medias.

Sumada a esta recolección, se hicieron otras preguntas con el objetivo de determinar cuál es la razón principal que estas mujeres manifiestan como decisión para dedicarle su tiempo al fútbol. Es por eso que se les solicitó que hablen respecto a cómo se insertaron en el fútbol, qué lugar ocupa en sus vidas, y qué diferencias encuentran con la forma de jugar de los hombres.

Las jugadoras entrevistadas no son profesionales, por tanto, se podría pensar que es únicamente un hobby. Sin embargo, le dan diferentes tipos de connotaciones a su relación con el deporte. Mientras que algunas lo consideran como hobby por el hecho de no dedicarle un tiempo considerable por fuera de las fechas de los partidos, las otras no pueden describirlo sólo como un hobby porque el futbol representa su vida entera y le dedican un lugar importante. Las primeras, que lo aplican a su vida como un hobby, lo describen como una actividad para reunirse con amigas y, por tanto, sostienen que no le dedican el tiempo que debería para ser algo más que eso. Lucía, del equipo “El Sindicato”, lo considera un buen lugar para reunirse y pasar tiempo con las amigas. Dominique, de “Ancla”, dice que es bueno jugar porque “la ayuda a descargar el mal humor y es una fuente de diversión”.

Por otra parte, hay quienes describen al futbol como algo muy importante y con gran valor en sus vidas. Por ejemplo, para Victoria, participante del equipo “Trinidad y estos vagos”, el futbol tiene un enorme espacio en su vida, tanto por practicarlo, ya que entrena por fuera de los torneos, como también por asistir a la cancha a ver a su equipo. En conclusión, puede decirse que hay dos grandes grupos en los que se catalogan las jugadoras. Por un lado, aquellas que ven al fútbol como una excusa para juntarse con amigas y pasar el tiempo y, por otro lado, aquellas mujeres que lo viven como algo realmente importante en su vida, porque conocen del tema, entrenan y le dedican un espacio más allá del fútbol femenino, como ver partidos oficiales o ir a la cancha.

Según lo conversado con las entrevistadas, puede notarse que las que le dan un lugar importante en su vida, son las que, a su vez, tienen algún tipo de experiencia con el deporte. Por ejemplo, Guadalupe, de “Las papos”, jugaba en el colegio y quiso seguir dedicándole tiempo y Rocío, participante de “Chimuela”, cuenta que el futbol le gusta desde chica y jugaba con varones en su infancia.

Pese al lugar que ellas consideran en particular que ocupa este deporte, todas fueron invitadas a los torneos por alguna amiga, prima, o compañera de trabajo, lo que significa que, en el conurbano norte de la provincia de Buenos Aires, el boca en boca fue el desencadenante para el crecimiento de los torneos locales y el ascenso de diferentes equipos en dichos torneos. Muchas de las futbolistas coinciden en que una de las mayores diferencias con los

hombres, además de las físicas, es que consideran que los hombres son más organizados para ir a jugar, lo hacen más rápido y eficazmente.

De todas las entrevistadas, entonces, se deduce que las jugadoras que predominan en estos torneos son mujeres, la mayoría de ellas con un rango de edad de entre 24 y 30 años, sin hijos, solteras o en pareja, que aún viven con algún miembro familiar, propietario del lugar donde residen. A su vez, en gran proporción, son estudiantes o ya egresadas de carreras universitarias o terciarias que realizaron sus estudios en instituciones privadas. La mayoría trabaja en relación de dependencia o de forma intendente, pero con ingresos fijos. Estas mujeres, juegan en torneos ubicados en cercanía a sus lugares de residencia, dentro del Conurbano Bonaerense. Lo hacen principalmente por hobby ya que alguna persona de su círculo las invitó a participar de los torneos.

LAS CINCO CATEGORÍAS

Como se explicó en la introducción del presente trabajo, se partirá de cinco categorías que están presentes en la conceptualización del mundo del fútbol femenino desde que se inició. Primero, se desarrollará cada una de ellas en relación al fútbol femenino más general y, luego, se estudiará cómo se dan dichas categorías en las jugadoras de los torneos locales trabajados y cómo colaboran en construir su propia identidad.

SEXUALIDAD: EL GÉNERO COMO DETERMINANTE

"El fútbol femenino es un caldo de cultivo de lesbianismo", expresó Gabriel Camargo, presidente de un equipo colombiano, en diciembre del 2018, cuestionando la inversión económica en dicha disciplina. Y esta afirmación ronda en gran parte del mundo del fútbol ya que éste lugar está determinado por una perspectiva patriarcal de género. Es decir que, el fútbol en general, actúa bajo la óptica de una sociedad jerárquica organizada en función del sexo, lo que deriva en normas explícitas e implícitas creadas por los hombres que gobiernan dicho mundo y desean ejercer su poder. En este sentido, el fútbol femenino es desacreditado ya que no encaja dentro de esta perspectiva, por el simple hecho de no ser jugado por hombres, sino por mujeres.

Dentro del fútbol femenino, entonces, aparecen dos cuestiones importantes para ser analizadas: el género y la sexualidad. La primera, como diferencia visible y manifiesta entre hombres y mujeres (el género propiamente dicho) y, la segunda cuestión, relacionada con la sexualidad (y ciertas condiciones que caracterizan el sexo de una persona) en la que se establece al lesbianismo como común denominador entre las jugadoras, sin importar su real identidad sexual.

Esta clasificación de las jugadoras, de manera despectiva, tiene un sentido en la manera en la que se utiliza por parte de aquellos hombres que conforman el mundo del fútbol bajo la perspectiva patriarcal. En un lugar dónde las normas las ponen los hombres para mantener su poder, la ofensa contra las mujeres que quieren ingresar es una forma de desacreditarlas. Y esa manera de

hacerlo es a través de la sexualidad: se utiliza la homosexualidad como insulto con el objetivo de desmerecer el talento y la capacidad de juego de las futbolistas mujeres. Así como nació, se usó y sigue utilizándose, la ofensa con el apodo homofóbico de “puto” en el caso de los hombres. Según la investigación realizada, las jugadoras consideran que los hombres, al verlas jugar y tomar espacio dentro de ese mundo masculino, adoptaron el lesbianismo como forma de ofensa e insulto, sumando otro tipo de clasificaciones como “machos” o “marimachos”. Florencia Alonso Beriao, jugadora y organizadora del torneo “El Sapo”, señala: “en la secundaria lo empecé a padecer. Al principio seguí jugando, pero ya los comentarios eran que era un marimacho, mezclado con dudas sobre mi identidad sexual, sufrí mucho y dejé de jugar todo el secundario”.

Sin embargo, estas cuestiones no están presentes únicamente entre las jugadoras amateurs de torneos pequeños, sino que es una cuestión compartida y que ha sido contada por gran parte de jugadoras que hoy son profesionales o son mujeres que están estrechamente relacionadas al mundo del fútbol de alguna manera. En el capítulo 2 del libro *Pelota de papel 3* (2019), Juliana Román Lozano, ex jugadora y directora técnica de La Nuestra Fútbol Feminista (Colombia), relata sus primeros pasos en las canchas de fútbol en Suecia, país donde siendo pequeña y sin comprender una sola palabra, escuchó su primera charla técnica y dedujo donde debía ubicarse en la cancha. La experiencia en su primer partido con 9 años la hizo enamorarse del fútbol. Sin embargo, a los 13 años volvió a Colombia y fue víctima de estos tipos de maltratos e insultos, sumado al poco lugar que le daban en ese entonces a una niña que quería jugar. Román Lozano relata:

> Comenzó con un susurro necio sobre lo rara que era una niña que jugara al fútbol y con los años se fue traduciendo en los motes de “marimacha” o “machona”; se fue plasmando en uniformes usados, entrenadores sin ganas y sin conocimientos que le hacían el favor de entrenarla, prácticas nocturnas sin luz, falta de competencia y, sobre todo, en la idea dolorosa que se fue aclarando con los años y que se le volvió una realidad como un callo en el alma: aunque era cada día mejor y más rápida, entendía más el juego y lo amaba, por ser mujer, jamás, al menos en esta vida, podría ser futbolista profesional (2019: 30).

Recapitulando la cuestión de género y sexualidad, Joan Scott (1990), quien hace un recorrido por las formulaciones teóricas en relación a la palabra género a lo largo de la historia, establece que dicha connotación ha mutado a lo largo del tiempo, dejando de ser un concepto estático para ser un proceso de la historia en el que las mujeres fueron tomando un lugar más protagónico. Luego de analizar diferentes corrientes feministas, la autora presenta una definición de género en la cual incluye dos cuestiones: “el género es un elemento constitutivo de las relaciones sociales basadas en las diferencias que distinguen los sexos y el género es una forma primaria de relaciones significantes de poder” (1990: 289), lo cual indica que, “el género, es el campo primario dentro del cual o por medio del cual se articula el poder” (1990; 292). En este sentido, las relaciones sociales dentro del fútbol, entre hombres y mujeres, están guiadas por la cuestión de género como un medio por el cual se articula ese poder que, justamente, los hombres que pertenecen a ese mundo ejercen sobre las mujeres que quieren ingresar y ser parte de él.

Otro punto importante en este aspecto se relaciona con otra forma de abordar el tema de la sexualidad, el cual encuentra un contrapunto en un modelo ideal de jugadoras, establecido indirectamente. A lo largo de tiempo, se ha ido definiendo el estereotipo de mujer jugadora de fútbol, apoyado por quienes dominan el mundo del fútbol masculino. Es decir, si las mujeres van a formar parte de un deporte de hombres, deben adecuarse a ciertos moldes que son establecidos y difundidos, en muchas ocasiones, por la publicidad.

A partir de esto, como plantea Álvarez Litke, “las jugadoras deben negociar con discursos contradictorios del deporte, el género y la heterosexualidad” (2018: 7), ya que, para ser consideradas por el mundo del fútbol, deben encuadrarse dentro de un modelo femenino heterosexual deseable, y a partir de esto, adecuar su imagen para poder llevar a cabo su deseo de practicar este deporte. El ideal reside en que las jugadoras deben tener pelo largo, justamente, para contrarrestar el estereotipo lésbico que se basa en que las mujeres con dicha orientación sexual utilizan el pelo corto. Otro punto clave de este ideal se encuentra en la vestimenta (que se ampliará más adelante), la cual se relaciona con que las mujeres que participan de los torneos analizados utilizan, al igual que los hombres, toda la indumentaria típica del fútbol, pero en este caso, de grandes marcas. Estas ropas están diseñadas de forma tal que

se destaque la figura femenina, ya sea porque son diseños que quedan ajustados al cuerpo, como indumentaria confeccionada para ser corta y pequeña (como el caso de los shorts o calzas). Esto significa que, si bien empezaron a ser tomadas en cuenta las mujeres que quieren dedicarse al fútbol, con respecto a su forma de verse o vestirse están sometidas a un formato de indumentaria que les dice cómo deben verse o deben vestirse para poder ser parte.

En ese sentido plantean Garton e Hijon que:

> El fútbol femenino en Argentina está en un momento de transición de un deporte casi desconocido a un negocio creciente. Por lo tanto, se están desarrollando estrategias de marketing y de publicidad para transformar esta disciplina en un estilo de "alternativa" al hockey, un deporte que ya no es de "negras, machonas y villeras" sino que se puede jugar "sin perder la femineidad". Estamos viendo la emergencia de un nuevo fútbol femenino de "mujeres lindas", un fútbol "híper-feminizado" en todo sentido, por lo menos eso es lo que quieren vender los medios y las marcas, que se evidencia en las jugadoras "élite" elegidas como referentes (2018: 33).

Retomando lo que plantea la autora, puede confirmarse que es un discurso presente en las recientes jugadoras de fútbol, quienes pasaron prácticamente obligadas por el hockey ya que era el deporte femenino aceptado. En las entrevistas realizadas fue el común denominador de algunas jugadoras. Por ejemplo, María Clara Del Toro, quien participa en dos equipos como jugadora fija ("Chiroli" y "Vida") y en otros equipos como reemplazo si necesitan cubrir a alguna, contó: "Siempre me gustó. Jugaba con mis hermanos, pero mi mamá no me dejaba hacer aparte. Me mandaba a hacer hockey". A su vez, María, de "Chimuelas", se explayó en cómo fue su experiencia al querer iniciarse en el deporte y cómo le insistían para que hiciera otros más femeninos:

> De chica siempre quise jugar, pero mi viejo no quería, me decía que vaya a hacer natación o hockey, típico, no se les cruzaba por la cabeza que juguemos al fútbol y yo jugaba con mis primos y me mataban a palos y era como que no me dejaban, y más de grande empecé a buscar gente que juegue, conocí chicas de Platense que entrenaban y jugaban en futsal y fue mi primer equipo firme, esto fue hace más de 6 años.

En el caso de las jugadoras entrevistadas en los torneos, se pueden establecer dos tipos en relación a esta temática. Por un lado, están aquellas que tienen un vínculo más fuerte con el fútbol, es decir, aquellas que desearon

jugar desde pequeñas o lo hacen hace un tiempo largo. Son mujeres que tienen más de treinta años, que juegan hace un tiempo considerable, o son aquellas que más sufrieron los insultos y la exclusión, motivo por el cual dejaron de intentarlo hasta que fueron más grandes. Sin embargo, en la muestra representativa trabajada, son un porcentaje menor. Es el caso, por ejemplo, de Evelyn, de “Choperas la resaca”, quién se sintió excluida tanto por sus compañeros de colegio como por su propia familia, que no estaba de acuerdo con que lo practicara: “Siempre desde el colegio me gustó mucho, pero no me dejaban jugar, mi familia era muy conservadora y estructurada (y) lo consideraba un deporte agresivo y poco femenino”.

Por otro lado, tenemos a la mayoría de las entrevistadas, que, por sus características demográficas y su estilo de vida, pertenecen a un tipo de jugadora más parecido al modelo ideal de jugadora de fútbol. Esto no significa que no sientan pasión o no le den importancia al deporte que practican, sino que ya por sus propias cualidades físicas, encajan perfectamente con el modelo heterosexual deseable y, a su vez, al entrar al mundo del fútbol de más grandes, no sufrieron la cuestión de la discriminación sexual tan fuerte como otro tipo de jugadoras. La mayoría de ellas se inició en el deporte por influencia de familiares hombres, por lo que fueron apoyadas y acompañadas en la intención de jugar semanalmente un torneo local. Todas las declaraciones de ellas siguen esta línea de pensamiento: “en la secundaria me empezó a gustar por la influencia de mi papá” (Dominique, jugadora de “Poca Bola” y “La lloreria”); “el fútbol me gusta de chiquita, jugaba con los varones. Al torneo llego por una amiga para que me sumara a su equipo. Igual estuve jugando tres años y medio futsal en River y después en Platense tres meses” (Rocío, de “Chimuelas”); y “llegué a insertarme en el fútbol por mi papá” (Mariana de “Real Maíz”).

Concluyendo con la cuestión de sexualidad, se puede dar cuenta de que esta cuestión estuvo o está muy presente en aquellas mujeres que se interesaron en el fútbol hace ya mucho tiempo, ya sea porque cuando empezaron a querer practicarlo fueron duramente descalificadas (y hasta insultadas) por hombres que no deseaban incluirlas o bien porque sus propias familias no lo veían aceptable por ser deporte de hombres. En cambio, en los últimos años y en las zonas más elitistas que son las trabajadas aquí, esto no

está tan presente en las jugadoras más jóvenes que se están iniciando en los torneos locales de zona norte, no lo viven de esa manera.

CORPORALIDAD: EL CUERPO COMO OBJETO DE SANCIÓN

La cuestión referida a lo corporal en las jugadoras es central para esta investigación, debido a que el cuerpo aparece como objeto de sanción, es decir, dentro de un sistema patriarcal[5] y masculino que domina en el fútbol en general (ya que todas las instituciones que lo conforman son gobernadas por hombres y, a su vez, recién hace unos años se empezó a considerar al fútbol femenino, previamente ignorado), el cuerpo femenino es controlado por ese mismo sistema, que determina cómo debe ser ese para ser considerado y aceptado en el fútbol.

Retomando lo escrito por Gabriela Garton y Nemesia Hijós (2018), se puede hacer mención de las primeras referencias al fútbol femenino en nuestro país. La primera es una nota periodística del año 1921, en la revista deportiva *El gráfico,* que se titulaba "¿Por qué la mujer no debe practicar el fútbol?" En ella se justificaba que la mujer "por naturaleza es muy frágil para practicar un deporte rudo, y al jugar un deporte de machos, corre el riesgo de ganar musculatura y transformarse en marimacho, dejando de ser mujer" (2018; 29). *El gráfico* fue fundado en 1919, en Buenos Aires, por la Editorial Atlanta. En principio, tocaba diferentes temas como política, actualidad, espectáculos y deporte, pero a dos años de ser creada se termina estableciendo principalmente como una revista deportiva destinada a los hombres. Teniendo en cuenta esto, el mensaje que daba la revista parece encajar con el público

[5] Según define Gerda Lerner: "Patriarcado, en su definición más amplia, es la manifestación y la institucionalización del dominio masculino sobre las mujeres y los niños de la familia y la ampliación de ese dominio masculino sobre las mujeres a la sociedad en general. Ello implica que los varones tienen el poder en todas las instituciones importantes de la sociedad y que se priva a las mujeres de acceder a él. Si el patriarcado describe el sistema institucionalizado de dominación masculina, el paternalismo describe un modo particular, un subgrupo, de relaciones patriarcales" (1990: 340).

Este concepto, en los últimos años, ha sido utilizado popularmente como toda organización social cuya autoridad se reserva exclusivamente para el sexo masculino. En este tipo de estructuras, la mujer no tiene autoridad ni control.

destinado (hombres), que en esa época no estaba de acuerdo con que las mujeres participaran del deporte.

La segunda referencia es un poema de Bernardo Canal Feijóo, publicado en su primer poemario, titulado *Penúltimo poema del fútbol*, en el año 1924, en el cual condenaba la participación de la mujer a través de una descripción de un partido, asociando el contacto del juego con el lesbianismo y la sexualidad descontrolada.

> **Fútbol de mujeres**
>
> No podía prosperar el partido…
> La pelota se apesantaba, se enmelaba.
> En los muslos,
> En los senos
> En las caderas
> En el vientre,
> Con una galantería solapada
> Y aprovechona…
>
> Y los choques trataban a los jugadores en un abrazo lésbico inaceptable…
>
> En el medio tiempo, como en una alcoba reservada, todas ellas se oblaban al descanso vigoroso sobre el césped del estadio…
>
> La muchedumbre se agolpaba a sus propios ojos, como al ojo de la cerradura, para fisgar el holocausto orgiástico… (1924)

Para Garton e Hijós, las primeras referencias públicas sobre el fútbol femenino se basaban en el peligro del lesbianismo (mencionado anteriormente en la categoría de sexualidad) y en críticas al cuerpo femenino, cuestión que se analizará a continuación.

En los últimos años, se consiguió que las mujeres empiecen a dar algunos pasos en el mundo del fútbol, sin embargo, se han establecido ciertos parámetros ideales para hacerlo por parte de quienes dominan en dicho mundo. Una de las formas de apropiarse de ellas es moldeando un cuerpo legítimo aceptable.

Este modelo de cuerpo legítimo aceptable se basa principalmente en dos cuestiones. La primera es el pelo. Una manera de distanciar a las jugadoras femeninas ideales aceptadas para realizar la actividad del fútbol de las que no catalogan como tales es el pelo largo. Las mujeres que tienen el pelo corto, en

el común denominador de la sociedad, son definidas como homosexuales, por lo que no encajan dentro de un modelo heterosexual femenino para el fútbol; en cambio, las jugadoras que son aceptadas para practicarlo, tienen pelo largo que cae por debajo de los hombros. El pelo largo es sinónimo de feminidad, lo que implica que las mujeres pueden empezar a desarrollarse en el fútbol bajo ciertas condiciones. Un ejemplo de esto es el logo de uno de los primeros mundiales de fútbol femenino. El logo del mundial de 1995[6] es una mujer de perfil con pelo largo, simulando que el mismo está en movimiento. Esto significa que, si bien se estaban aceptando a las mujeres en el mundo del fútbol, con las imágenes y los mensajes se difundían, se buscaba bajar una línea de la estética aceptable para formar parte. Un ideal corporal se colaba en la gráfica del máximo torneo del futbol femenino.

La otra cuestión que está dentro del modelo de cuerpo legítimo aceptable para las futbolistas es el cuerpo propiamente dicho. En este aspecto hay dos contrapuntos que rondan frente al mismo tema. Por un lado, un cuerpo físicamente poderoso (relacionado con la cuestión del lesbianismo) y, por otro lado, el cuerpo débil y pasivo, incapacitado para desarrollarse en el fútbol. Esta contradicción está presente en el mundo del fútbol femenino en general, y también, en los torneos analizados. Algunas jugadoras se sintieron cuestionadas por sus padres o parejas cuando empezaron a jugar ya que, en muchos casos, les pidieron que no lo hicieran porque podía cambiarles el cuerpo, manifestando una preocupación por la pérdida de feminidad. Rocío, integrante de Las chicus, manifestó: “mi papá es profesor de educación física y ni bien le dije que quería jugar me dijo: no Rocío, cómo te metes ahí, estás loca, te van a quedar las piernas como Maradona”. Esta caracterización es curiosa e infundamentada ya que, en general, todos los deportes provocan cambios en los cuerpos de las personas, ya sean hombres o mujeres.

El segundo contrapunto para desvalorizar el lugar de la futbolista en este deporte es definido a partir de considerar a los cuerpos de las mujeres como débiles y pasivos. Esto significa que las mujeres no están capacitadas para llevar a cabo la práctica ya que no son tan fuertes como los hombres, es decir, se desacrediten las capacidades deportivas por sus características físicas,

[6] VER ANEXO 1

vinculado al simple hecho de ser mujer. Esta cuestión de inferioridad está muy presente en los discursos en contra de las futbolistas, tanto profesionales como amateurs. “Yo sufrí un montón por querer dedicarme al fútbol. Desde chica quería eso, iba a la colonia doble turno y ahí jugaba con los pibes a la par, me mandaban al arco y me pateaban fuerte a propósito”, relató Florencia, organizadora del torneo “El Sapo Fútbol”. El cuento de las burlas y maldades por parte de niños y, a su vez, la mala voluntad y desgano por parte de los entrenadores adultos de tener que enseñar a niñas, es un denominador común entre los relatos de jugadoras. Si bien el análisis de las capacidades deportivas será retomado más adelante, es importante resaltar que sí existen diferencias físicas entre los hombres y las mujeres, la cuestión está en que esas diferencias son utilizadas para desacreditar el lugar de la mujer en ámbitos que eran exclusivamente de hombres.

Es cierto que en los últimos años ha cambiado la imagen que las publicidades hacen de las mujeres. Esto ocurrió, sobre todo, a partir de 2019, cuando la oleada feminista en Argentina coincidió con la emisión del mundial de fútbol femenino, lo que provocó que todo tipo de marcas de diferentes productos o servicios abordaran el tema. En su mayoría los spots publicitarios se basaban en el empoderamiento de las jugadoras, de sus aptitudes y capacidades para llevar a cabo el deporte. Por ejemplo, Nike, marca que ha sido de las primeras en darle gran lugar a deportistas femeninas de diferentes disciplinas, lanzó ese año la campaña “Dream Further” (traducido al español como “Sueña más lejos”) para el mundial. En dicho spot, Makena Cook, una jugadora de fútbol de 10 años de California, vive diferentes momentos de los que forma parte el mundial acompañando a jugadoras de distintos países en cada uno de los partidos. Por ejemplo, en el momento del túnel, el himno, el festejo en los vestuarios y diferentes partidos haciendo jugadas con ellas. El mensaje que se trasmite al final de la publicidad es: “No cambies tu sueño. Cambia el mundo”, por el cual intenta motivar a las mujeres a cumplir sus sueños deportivos. Sin embargo, la situación actual de publicidades que dejaron de cosificar a las futbolistas es nuevo. El deporte femenino fue ridiculizado, obstaculizado, censurado y prohibido durante siglos, principalmente, como ya mencionamos, a partir de la cosificación de los cuerpos. Un ejemplo de esto se ve reflejado en una cita de una carta a un

periódico, tomada del libro *Girls with balls: the secret history of women's football,* en la que se publicaba: "A veces, la mujer se balancea como un pato y, otras veces, como un pollo, todo depende de su peso. Es físicamente incapaz de estirar las piernas lo suficiente como para permitirle tomar el paso masculino. La Dama Naturaleza nunca tuvo la intención de que hiciese nada por el estilo" (2013; 66).

Otro ejemplo de la cosificación de los cuerpos está presente en el cartel del campeonato femenino de México en el año 1971[7]. Se trata de una fotografía de la copa, y a un costado, en el mismo afiche, un dibujo de una jugadora. Ella está sujetando una pelota en una posición de pose con la mano en la cintura. En cuanto a su aspecto, en el pelo tiene dos colitas altas y está bien marcada la figura de su cuerpo, es decir que se resalta el pecho, la cintura y las piernas. Además, el atuendo está remarcando esa figura ya que acompaña la forma del cuerpo y la pollera dibujada es extremadamente corta. Todo el dibujo de la imagen representa a una jugadora que va a participar de un campeonato mundial, pero está siendo definida principalmente por su figura y su aspecto.

La cosificación y el control de los cuerpos estuvieron presente desde las primeras apariciones de las mujeres en el mundo del fútbol femenino, y aún hoy, pese a algunos cambios sociales, sigue estando en escena un ideal de mujer autorizado para jugar que sigue siendo dominado por el cuerpo de las futbolistas y no por sus capacidades o habilidades. Una desigualdad hecha cuerpo a través de un mito parece regir los vínculos que muchas de las jugadoras tuvieron, y tienen, con el fútbol. Principalmente en sus primeros vínculos. Y allí está la figura del hombre (padre, amigo, hermano) sancionando una corporalidad que amenaza a la femineidad hegemónica, ideal, patriarcal.

VESTIMENTA: UN ELEMENTO CLAVE

La cuestión de la vestimenta estuvo presente siempre en los deportes practicados por mujeres. En los comienzos del fútbol femenino, en Gran Bretaña, la opinión pública masculina consideraba que las mujeres debían

[7] VER ANEXO 2

practicar deportes únicamente en espacios privados y que los mismos fueran compatibles con sus atuendos, es decir, con la falda y el corsé.

Pero, ¿qué status se le otorga a la vestimenta elegida por las jugadoras en los torneos analizados? Por una parte, puede establecerse que, debido al nivel socioeconómico de la muestra analizada, la gran mayoría de las jugadoras de los torneos viste indumentaria propia, de marcas de elite, que fue comprada por ellas mismas. Un dato relevante, en este punto, es que las 35 jugadoras entrevistadas tienen indumentaria personalizada para el equipo. Este tipo de indumentaria se centra principalmente en la camiseta sobre la cual las participantes de los equipos eligen el diseño, colorimetría, tipografía y la disposición del nombre y el número que quieren utilizar. Luego de ello, las mandan a confeccionar. Esta acción es realmente significativa porque se traduce en una actividad del equipo fuera de la cancha. Muchos de los equipos, cuando hicieron sus camisetas por primera vez, coordinaron el día y horario para encontrarse en el lugar con el objetivo de probarse los talles y terminar de definir los últimos detalles todas juntas.

Por otro lado, todas tienen indumentaria profesional acorde al fútbol como botines, guantes, canilleras y medias. Gran parte de los botines que utilizan son Nike o Adidas, al igual que los shorts, las calzas y las medias. Esto se da a partir de considerar las posibilidades económicas de las futbolistas de estos torneos. Pero, a su vez, la vestimenta tiene un valor simbólico por sí mismo al ser utilizado por ellas. Este tipo particular de vestimenta y la elección de determinadas marcas ya no tiene que ver tanto con la intención per se de querer jugar al fútbol sino con un valor simbólico de clase que le otorga cada una a la elección de determinado vestuario. Principalmente porque se trata de marcas caras a las que ellas pueden acceder por su posición socioeconómica.

Sin embargo, todo lo mencionado con anterioridad es interesante a partir de pensarlo en un sentido de pertenencia, por parte de las jugadoras, en relación al fútbol profesional. Aparece, en este sentido, una necesidad y deseo de las mujeres de pertenecer y ser iguales a quienes dominan el foco del fútbol, es decir, los jugadores profesionales. Esto puede ser interpretado como la necesidad del borramiento de las fronteras que existen entre el mundo femenino y masculino con este deporte. El fútbol masculino profesional, en

cuanto a indumentaria, se centra en que cada equipo de cualquier división, cuenta con un vestuario propio que representa al club y, al igual que hacen las mujeres, hay una elección de colorimetría, tipografía y diseño, claro que en estos casos la elección no está hecha por parte de los jugadores sino de las autoridades de los clubes.

Lo curioso en este aspecto es que, los varones que participan de los mismos torneos no utilizan este tipo de indumentaria, sino que utilizan camisetas de cualquier equipo o directamente remeras sin ningún contenido futbolístico particular. Mucho menos, organizarse para ultimar detalles de la indumentaria. Si bien esta cuestión no entra en este análisis, es interesante pensar que, justamente, los hombres que juegan fútbol amateur, no sienten la obligación de parecerse (en relación al vestuario) a los representantes del fútbol profesional. Ellos ya forman parte de ese mundo, no necesitan imitarlo porque están en él. Mientras que, para las mujeres, existe una intención constante de asemejarse a ese mundo que no las acepta. Esto se traduce en que las jugadoras de cada equipo tengan un conjunto propio distintivo como una necesidad de asimilarse al fútbol masculino profesional y, por tanto, intentar eliminar las fronteras que generan desigualdad entre esos dos mundos.

Plantea Alabarces (2014) que la cultura sirve para aprender a ser hombres y mujeres, y, como en general es administrada por hombres, las mujeres deben aprender a ser mujeres en sus márgenes. Por lo tanto, en este contexto en el que ellas son aceptadas para practicar un deporte que es considerado de hombres, deben amoldarse al modelo de futbolista que desea el mundo patriarcal del fútbol.

Teniendo en cuenta el trabajo de campo realizado, que se basa únicamente en un tipo particular de jugadora que participa en torneos privados ubicados en Zona Norte, lugar en el cual residen, puede decirse que ellas encajan dentro del modelo ideal del mundo patriarcal del fútbol. Dicho modelo se ve claramente en la elección de la vestimenta. Las jugadoras eligen atuendos cortos y ajustados o entallados al cuerpo de determinadas marcas que resaltan la figura de la mujer y, además, así están representadas en los maniquíes de dichas marcas. Por lo tanto, una elección que simula ser consciente y determinada por ellas, más bien, sigue el camino del modelo establecido que no hace más que cosificar la imagen de las jugadoras.

En este sentido, aparece una dicotomía contradictoria en cuanto a la vestimenta y la elección de la misma. Por un lado, son libres de poder elegir la indumentaria que desean utilizar, y aún más, en qué torneo de la zona jugar y con quién formar el equipo. Pero siguen presas de tener que seguir un modelo para ser aceptadas en el fútbol. En este punto, se da lo que Bourdieu (1979) llama la "Teoría del gusto", por medio de la cual, la relación entre las diferencias sociales y prácticas de la distinción es a través del consumo y las afirmaciones estéticas, es decir que se elabora una representación del consumo popular como subordinado por la cultura hegemónica. En el caso analizado, el fútbol, aparece como ícono de las clases populares para, luego, ser apropiado por las clases de mayores recursos. Según el autor, el habitus, definido como necesidad hecha virtud, se expresa en las clases populares ya que la necesidad abarca los bienes necesarios e impone el gusto de la necesidad, es decir que, "la necesidad impone un gusto de necesidad que implica una forma de adaptación de la necesidad y, con ello, de aceptación de lo necesario; de resignación a lo inevitable (1979; 381). Sin embargo, el habitus no se reduce únicamente a las condiciones económicas, sino que las desigualdades se dan con cosas banales como los gustos. Esto se relaciona directamente con el fútbol femenino, ya que el fútbol se inicia como algo popular que se practicaba en potreros y sólo se necesitaba una pelota, para ser apropiado por las clases más elitistas, que adoptan el deporte con elementos de indumentaria costosos y poco accesibles. Entonces, ¿cómo se apropian las mujeres de clase media – alta del fútbol? Haciendo uso y consumo de indumentarias costosas para practicar este deporte.

Por lo tanto, las futbolistas toman decisiones de cómo vestir, qué marca elegir, el color que desean que acompañe al equipo y el modelo que más les gusta, pero dentro de un ideal de mujer futbolista que se basa en resaltar los atributos femeninos para compensar que puedan participar del fútbol, lugar exclusivo de hombres. Shorts cortos, mostrando la mayor cantidad de piel en las piernas y en la cola, o calzas ajustadas, que resaltan el volumen de la cola, y remeras o camisetas al cuerpo, que destacan el busto y el abdomen, son las principales indumentarias utilizadas por las jugadoras de los torneos y, por tanto, en esta cuestión, están alineadas con el modelo ideal de cómo debe ser una jugadora de fútbol para el sistema patriarcal que lo gobierna.

CAPACIDADES DEPORTIVAS: BIOLÓGICAS Y SENTIENTALES.

Derivado del análisis de las entrevistas, se puede establecer otra cuestión que se discute con las mujeres que juegan al fútbol: sus capacidades deportivas. Estas capacidades se dividen en dos: por un lado, las capacidades biológicas, las cuales implican una debilidad relacionada al cuerpo femenino, y, por otro lado, un exceso de sentimentalismo por el cual se las caracteriza, también, a las mujeres como condición propia del género.

Según lo planteado por Macías Moreno (1999) en su tesis doctoral, existen distintos tipos de diferencias entre los hombres y las mujeres. Por un lado, están las diferencias anatómicas, que se centran en que las extremidades de las mujeres son más cortas y la cabeza más pequeña, tiene menor estatura y menos peso. Además, en general, el desarrollo de la caja toráxica es menor, lo que significa menor capacidad pulmonar total. A su vez, la pelvis es más ancha y menos profunda, lo que implica una angulación del fémur menor, las rodillas son más anchas en comparación a la altura, el centro de gravedad es un 6% más bajo que el de los hombres y la cadera es más ancha, lo que todo junto significa mayor estabilidad. Por otro lado, las mujeres cuentan con mayor laxitud en ligamentos y articulaciones, lo que implica mejor ejecución de movimientos y, por tanto, menos predisposición a lesiones. En cuanto a la resistencia muscular, los muslos femeninos son iguales de fuertes que los masculinos, y si bien las mujeres tienen mayor proporción de grasa corporal y los hombres tienen mayor proporción muscular, esto no implica necesariamente una ventaja para uno u otro, sino que las características particulares de cada género son beneficiosas para cada uno según la disciplina particular que se realice.

Otra diferencia está en la capacidad cardiovascular, determinada a partir del consumo máximo de oxígeno, mientras que las diferencias sexuales se atribuyen al porcentaje de grasa corporal. La hemoglobina, proteína que se encuentra en las células de sangre y lleva el oxígeno desde el pulmón hasta el músculo, es un 10% menor en las mujeres. Por otra parte, el corazón es más pequeño en las mujeres, por lo que bombea menos sangre y los pulmones

también al ser más chicos, se traducen en menor entrada de oxígeno. Sin embargo, la capacidad cardiovascular es similar para ambos sexos.

Por último, en cuanto al sistema esquelético, no sólo influyen los componentes genéticos, sino que también interceden los factores hormonales, nutricionales y la actividad física, lo cual no es determinante de los géneros, sino que las características particulares de cada persona en relación al cuidado de su propio cuerpo, que también es determinante para las capacidades que puede tener esa persona frente a diferentes actividades o deportes.

Todas las cuestiones mencionadas son significativas para la presente investigación ya que permite demostrar que la idea que ronda alrededor de los deportes practicados por mujeres acerca de su incapacidad de, justamente, realizarlos exitosamente debido a las capacidades físicas propias de este género, no tiene fundamento bajo la cuestión biológica. Esto mismo ocurre en deportes donde la contextura física de hombres y mujeres también es notable, pero eso no implica que no puedan desarrollarlo. Es decir, no se trata de negar las diferencias físicas que existen realmente entre los hombres y las mujeres, sino que las mismas no son determinantes para establecer que las mujeres son incapaces de practicarlo: aún con esas diferencias son capaces para realizarlo de forma exitosa.

El tema de la femineidad basada en el exceso de sentimentalismo es utilizado con el objetivo de incapacitar a las mujeres que desean desarrollarse en el fútbol. Esta cuestión parece no tener fundamentos concretos más que prejuicios patriarcales guiados por un estereotipo de la mujer que no entiende y no sabe de fútbol, y por tanto no es digna de practicarlo. Hasta hace un tiempo, los medios (y sus coberturas) trivializaban estas capacidades intentando separar el mundo masculino del femenino. El estereotipo femenino se basa en la debilidad física y el exceso de sentimentalismo, sumado a las supuestas funciones principales y únicas de las mujeres, tales como la procreación, la maternidad y la familia.

Guiada por las entrevistas realizadas, y la observación llevada a cabo durante el trabajo de campo, se puede afirmar que estas cuestiones no parecen ser un impedimento en estos casos. Una de las preguntas realizada en las encuestas fue: *¿encontrás similitudes o diferencias con las formas de jugar de los hombres?* Y, si bien la pregunta apuntaba más a las formas de jugar en

contraposición con el otro género, las respuestas fueron variadas y se pueden encuadrar dentro de tres temáticas. Las respuestas de las jugadoras se basaron en relación a, por un lado, la profesionalización, en segundo lugar a la organización y, en tercer lugar, a los tipos de juego.

En cuanto al primer argumento, la profesionalización, algunas jugadoras mencionaron que, si bien en la actualidad esto está empezando a cambiar, es un proceso que todavía no logró concretarse. Para ellas, las diferencias entre hombres y mujeres se basan principalmente en que los hombres tienen un espacio profesional importante en el que pueden desempeñarse y no así las mujeres, lo que lleva a pensar que las mujeres no pueden enfocarse en eso ya que deben trabajar en otras áreas para poder vivir. Una de las jugadoras del equipo “Tres empanadas”, Valeria, destacó: “Si bien hay un montón de diferencias, creo que ellos están profesionalizados hace mucho tiempo y a nosotras nunca nos dieron la posibilidad, recién ahora se pudieron lograr algunas cosas”. También Agostina, de “La banda”, expresó que, para ella, tanto para mujeres como hombres “es todo lo mismo, pero es distinto a nivel profesional”. Muchas de las respuestas de las entrevistadas siguieron esta línea.

Por otro lado, estuvo presente en las encuestas el tema de la organización. Esto significa que para la mayoría de las jugadoras la principal diferencia entre hombres y mujeres está en la forma de organizarse para, justamente, jugar al fútbol. Todas comparten que los hombres se organizan más fácilmente que las mujeres. Victoria, participante del equipo “Trinidad y estos vagos” considera que “es mucho más fácil que los hombres se organicen, las mujeres tienen más peros, está re feo, llovizna, que paja, los hombres van a jugar sin problemas”. A su vez, del equipo “Suspicacia”, Agostina ejemplificó con el caso de una persona de su círculo: “Por ejemplo, mi novio tiene un equipo con los compañeros de la secundaria que juegan hace 20 años y juegan tres veces por semana, y hay un equipo titular y otro suplente, entonces empiezan con el titular y si no pueden se van bajando y van reemplazando los suplentes, mucho más organizado, nosotras todavía creería que no estamos así, pero porque nos falta tiempo”. Por último, en la opinión de Rocío, de “Chimuelas”, “las mujeres somos más ordenadas y necesitamos estar un día antes confirmando quien va” sumado a la opinión de Guadalupe, participante de “Los papos”, que considera

que “las mujeres somos más vuelteras, no como los hombres”. Estas últimas hacen referencia a ciertas características que consideran comunes en las mujeres más allá del fútbol en particular.

Por último, otras respuestas presentes en la investigación se centraron en el tipo de juego que cada uno tiene en la cancha. Esto lo explicaron a partir de que, para estas jugadoras, los hombres tienen un modo diferente de jugar. Para algunas de ellas, como Lucía de “Carlipas”, “los hombres juegan más físico, más rápido y más técnico”. Sumado a esto, María Victoria Álvarez del equipo “Cachetes”, expresó en la entrevista: “similitudes claro que existen, el juego es el mismo, las reglas son las mismas. Diferencias encuentro en cuanto al nivel de agresión en la cancha y el nivel de habilidad. Lo encuentro muy lejano a veces, pero creo que se debe a que el hombre empieza de chico a jugar”.

En conclusión, puede decirse que, para las jugadoras entrevistadas, si bien existen diferencias claras entre ambos géneros, no se centran en condiciones físicas o biológicas, sino más bien en cuestiones culturales y sociales en cuanto a la historia que ya tiene conformada el fútbol masculino, algo que está empezando a cambiar recién ahora en el femenino. El tiempo parece ser una variable fundamental que define, por ejemplo, las diferencias en cuanto a profesionalización, organización y juego. Una serie de capitales, podríamos decir con Bourdieu, adquiridos en una larga trayectoria de práctica. A su vez, en algunos casos, se establece que esas particularidades tienen más que ver con las características propias existentes en cada género en la forma de actuar frente a ciertas situaciones. Una suerte de esencialismo de género que recubre esas diferencias, sobre todo en el aspecto organizativo. Sin embargo, al igual que el anterior punto, no es condicionante para determinar que las mujeres no pueden dedicarse al fútbol sólo por ser mujeres.

NARRATIVA NACIONAL VS GÉNERO

El fútbol en Argentina es tomado como un constructor social y un promotor de la masculinidad hegemónica y, por tanto, las mujeres no aplican a este modelo. Alabarces, en este aspecto, plantea que hay ciertas formas de hacer que permanezcan los relatos nacionalistas, como es, por ejemplo, por medio de

publicidades comerciales, las cuales: “recuperaban el peso de una tradición nacional popular, su permanencia en el imaginario, y la transformaban en mercancía. (…) Así, el mercado se limitaba a constatar el deseo de nación –la necesidad de un discurso nacional-popular– y a reemplazarlo por mercancías” (2013: 29). Al ser un deporte que se encuadra dentro de la narrativa nacional popular masculina, el lugar para las mujeres queda prácticamente nulo. Pese, sin embargo, a que en los últimos años las cosas comenzaron a cambiar, si se compara el fútbol entre ambos géneros la diferencia es abismal.

En este sentido, Alabarces considera que “en el caso del fútbol argentino, la sobrerepresentación masculina es tan agobiante que desplaza cualquier otra posibilidad, incluso la mínima existencia del fútbol femenino, que tiene una presencia muy débil en el país; en relación con la extensión del fútbol masculino, parece casi inexistente” (2013: 29). Sin embargo, lo que el autor reflexiona es que esta cuestión no se ve representada, por ejemplo, en el hockey sobre césped, el cual es un deporte femenino y, aun así, es, según datos presentados en su artículo relacionados a torneos y premios ganados, el deporte más exitoso internacionalmente hablando en la última década en Argentina. Para Alabarces, entonces, la razón por la que el hockey no esté tan presente en la narrativa nacional es, exclusivamente, el género, es decir que, en todos los deportes en general, las mujeres no pueden representar el éxito y hacerse cargo del mismo ante la sociedad, ya que no son tan consideradas por la misma, salvo por pequeños nichos específicos. Esto significa que la narrativa nacional es excluyente de las mujeres, es decir que la patria no puede narrarse desde o en lo femenino. Esto es igual a que las mujeres no pueden narrar la patria. Pero, aún más, el problema del fútbol femenino es que busca ser parte y ocupar un espacio que es imaginado *exclusivamente* masculino.

Dejando de lado los recientes cambios (como la elección, en 2018, de la primera presidenta en dirigir un club de Primera División en la historia del fútbol argentino-Lucía Barbuto en Banfield- o la transmisión por televisión del Mundial de Fútbol Femenino en 2019), existen infinidad de discursos de mujeres que han sufrido o han visto sus sueños desvanecerse por esta narrativa nacional tan presente en la sociedad argentina. Tomando como referencia un libro que reúne los relatos de veintinueve mujeres representantes del fútbol femenino, se

puede dar cuenta de que esta cuestión es real y fue vivida por muchas de ellas. En la introducción del mismo, se lee:

> Jugamos, escribimos, dibujamos y hacemos libros, entre otras cosas, para enfrentar prejuicios. Por ejemplo, el de que si sos futbolista tenés que responder a un modelo único de masculinidad, de ser varón. Un modelo mayoritario, aplaudido, exigido y terriblemente opresivo para el que no encaja. Y si sos futbolista no sos mujer, claro (2019: 11).

En esta línea, Leila Ponzetti, exjugadora de River Plate y militante en “Feminista Mundial” y “Fútbol Militante” (organizaciones que promueven el fútbol femenino y el feminismo), en el capítulo 25 del libro, de su autoría, expresa: “No somos hombres ni mujeres, somos futbolistas, ¿podemos soñar con organizar el fútbol de otra manera? No por géneros, sino por las ganas de jugar” (2019: 199).

En cuanto a las jugadoras entrevistadas para esta investigación, como ya se mencionó con anterioridad, se puede hacer una diferenciación entre dos grupos: la mayoría de ellas, quienes empezaron en el fútbol recientemente y no han vivido la etapa más cruda del fútbol femenino en el que se las rechazaba y, por otro lado, mujeres que juegan o quieren hacerlo desde pequeñas y sí han sufrido esta cuestión en carne propia, ya sea por familiares, por profesores o entrenadores.

Estos grupos de mujeres viven la narrativa nacional de dos formas distintas. El primero, aquellas que son nuevas en el mundo del fútbol, si bien no han sufrido ellas mismas el rechazo, tienen conciencia social y conocimiento de que es algo que sucedía y aún sucede. Por ejemplo, Rocío Dal Santo, participante del equipo “San Judas”, cuestiona que la diferenciación se relaciona con que “desde chicos nos criaron de distintos modos y que las mujeres no podían jugar al fútbol porque era un deporte de hombre”. A su vez, María de “Chimuelas”, dice: “me gusta que ahora las chicas desde chiquitas puedan jugarlo y que se entienda que es un deporte más y no debería haber problema”.

El segundo grupo son aquellas que, experimentadas en el mundo del fútbol, sufrieron con más dureza a raíz de esta narrativa nacional presente en los discursos del fútbol. Muchas de ellas expresaron cuestiones de este tipo tales como: “yo cuando era chica quería jugar y mi papá no me dejaba porque

estaba ésta cuestión de que era de hombres" (Lujan, del equipo "Las Panchas"). A su vez, Rocío, de "Las Chicus" profundizó: "lo que pasa es que está presente la cuestión cultural de que la mujer no puede hacer las cosas del hombre". "La mirada que tienen los hombres es que no deberíamos jugar, te miran raro y dicen que es un deporte de los hombres", analizó Micaela, participante del equipo "Las Panchas".

En este sentido, para las jugadoras entrevistadas, lo nacional y lo masculino, en relación al fútbol, es hablar de lo mismo. Para ellas, la cuestión que ronda en torno a que el fútbol es sólo un deporte de hombres, es propio de la narrativa nacional. Evelyn, de "Choperas la resaca", se expresó en este aspecto: "Siempre fui en busca de lo que me gustaba, aun cuando muchas de esas cosas no estuvieran bien vistas en la sociedad, por considerarse deportes o cosas de hombres".

En todos los discursos presentados a modo ilustrativo sobre esta cuestión, se puede observar que las jugadoras mujeres buscan, en ese intento de alejarse de la narrativa nacional caracterizada por ser masculina, encontrar narrativas propias que se basan en un deseo personal de practicar fútbol, una auto superación y empoderamiento. Sin embargo, el problema es que, en esta lucha por encontrar un espacio propio y femenino, no se oponen o someten al patriarcado, sino que más bien se negocia una posición dentro de él. Como dice el dicho: "si no puedes contra ellos, úneteles". Las futbolistas, al quedar imposibilitadas de practicar libremente el deporte que anhelan, deben llevar a cabo una negociación, en la que aceptan ciertas condiciones, que no desean, quedando expuestas y determinadas por el modelo de la narrativa del fútbol argentina, que es una narrativa masculina. Esta negociación se basa, principalmente, en que, en el espacio del fútbol administrado por hombres, las mujeres deben aprender a desarrollarse dentro de sus márgenes, por lo cual aceptan ciertas normas explícitas e implícitas a las que no pueden decirle que no. Principalmente, la negociación se lleva a cabo al aceptar las condiciones establecidas para aquellas mujeres que quieren practicar este deporte como, por ejemplo, que no hubiera (hasta hace unos pocos años) lugar en los clubes de primera división para que participen o en los torneos locales, como los trabajados aquí, torneos exclusivamente de mujeres.

Por otro lado, está presente dentro de la narrativa nacional del fútbol masculino la figura del héroe, como lo son Maradona y Messi (cuestión en la que no me explayaré por ser popularmente conocidas). En el caso del fútbol femenino, no se le ha dado lugar a conocer y divulgar los nombres de las representantes de este deporte de forma masiva y popular.

Por último, un dato a destacar es que en todos los torneos locales analizados los árbitros de los partidos son hombres. Durante el periodo trabajado no dirigió los partidos ninguna mujer. Ante la consulta a uno de los organizadores de un torneo, la explicación fue: “Lo que pasa es que, primero, que no hay árbitros mujeres que quieran dirigir estos partidos, y, además, los árbitros hombres tienen más autoridad frente a las jugadoras” (Juan, “Lady Sport”).

Teniendo en cuenta estos aspectos y, sumado al análisis que Alabarces hace del hockey femenino, los deportes encabezados por mujeres (cualquiera de ellos), no son soporte suficiente para establecer argumentos nacionalistas, es decir, no tienen relación con la patria propiamente dicha. Pero, no la representan por una sola razón: el género. Comparando el rugby con los deportes femeninos, el autor explica:

> Los Pumas son, ante todo, machos, viriles, valientes, irreductibles al dolor e incluso a la derrota. Las chicas no podían ni pueden, al menos aún, articular esos significados. Deben ganar, deben seguir siendo mujeres –seguir siendo las chicas–, deben seguir imitando a los hombres y limitarse a ello. Y jamás soñar, siquiera, con ser las heroínas de la patria (2019: 34).

A raíz de las cinco categorías planteadas con anterioridad, se puede dar cuenta de que las mujeres, en ese intento por ser parte del mundo del fútbol, se adaptan a los estándares masculinos y practican el deporte dentro de la hegemonía masculina del fútbol. Esto lo hacen a partir de aceptar un modelo heterosexual deseable, adaptando sus cuerpos a un ideal de cómo debe ser el cuerpo femenino deportista, por medio de una vestimenta que no deje de lado la feminidad permitida, adaptando sus capacidades deportivas a lo que una mujer puede y debe hacer, basada en una narrativa nacional que se centra más en el género, que, en los éxitos, excluyendo al género femenino del centro de la cuestión. Si bien, como hemos enumerado a lo largo de este trabajo, es cierto que hubo avances en cuanto al fútbol femenino en los últimos años, luego de analizarlo en profundidad, se puede dar cuenta que, por un lado, esos

cambios aún no son suficientes, y que, por otro lado, los mismos sólo tapan algunas controversias que siguen sucediendo.

Todo lo trabajado hasta aquí forma parte de los estereotipos que se han construido alrededor del fútbol femenino, y que, en general, encajan dentro de un sentido común masculino-patriarcal-futbolero que impide que se haga una valorización positiva del deporte practicado por mujeres, y dificulta, al fin y al cabo, que se desarrolle y profesionalice el fútbol femenino.

Estos mitos o estereotipos, presentes en la construcción de la mujer futbolista, se centran en las cuestiones trabajadas a lo largo de toda la investigación. Hay ciertas concepciones culturales que se construyen a partir de "lo femenino" y "lo masculino" en la sociedad en general. En el caso del fútbol se presentan, en primer lugar, bajo la idea de género y sexualidad. Se perciben y representan a las jugadoras a partir de sus propias elecciones sexuales (es decir que, todas ellas, representan el estereotipo de deportista lesbiana y machona). Esto, está intrínsecamente relacionado con la cuestión de la corporalidad, en la cual, los cuerpos aparecen como objetos de cuestionamiento y sanción. Las mujeres futbolistas, no representan los cánones de belleza que la sociedad establece, es decir, no son compatibles con la feminidad hegemónica. Y, a su vez, sus posturas y movimientos, dentro de la cancha, no son deseables ni apropiados para las mujeres. Estas dos cuestiones, se articulan con la cuestión de la vestimenta. El estereotipo en relación a la indumentaria, es un común denominador en todos los deportes femeninos. Los maniquíes de las marcas deportivas y, a su vez, las publicidades, se centran en indumentarias que muestran o sugieren el cuerpo de las mujeres: musculosa, top, short y calzas, corto y al cuerpo es el mensaje dominante. La cuarta cuestión, basada en un estereotipo común, es que las mujeres no pueden hacer cosas de los hombres, porque no lo saben hacer o lo hacen mal, desde el punto de vista biológico y sentimental. Las mujeres son: biológicamente débiles, con exceso de sentimentalismo, destinadas a la maternidad y crianza de los hijos, incapaces de desempeñar el deporte por falta de conocimiento o no saber vivirlo como debe ser (como un hombre que sí sabe cómo). Por último, la narrativa nacional, se relaciona también con la idea de falta de conocimiento. El mito popular de que los hombres son los que

realmente saben de fútbol, se basa justamente en esto: la narrativa nacional, es excluyente de las mujeres, y el fútbol es promotor de la masculinidad hegemónica.

Entonces, en el caso del fútbol femenino, todos estos estereotipos, actúan de forma conjunta para lograr una patriarcal imagen concisa sobre las mujeres que se desarrollan en el fútbol y lograr una naturalización de esas imágenes en la sociedad. El problema de medir al fútbol femenino con la misma vara que el masculino radica, justamente, en que las diferencias existentes tratan de marcarse como falencias (naturales, biológicas y sustantivas) en las mujeres para practicar dicho deporte. Así, establecen y remarcan los estereotipos femeninos que reafirman la superioridad masculina, siendo, como se explicó a lo largo de la investigación, no reales. Todos los mitos, estereotipos y prejuicios que circulan en la sociedad y ayudan a construir un discurso que se opone a que las mujeres puedan desempañarse en el mundo del fútbol. Y que, además, por cierto, son simplemente falso y machista.

Sin embargo, y acá el punto central de este trabajo, todo lo mencionado sucede y está presente en el mundo del fútbol femenino en general, pero, en las jugadoras entrevistadas que participan de torneos locales en la Zona Norte del Conurbano Bonaerense, parecería no existir.

En relación a la sexualidad, puede decirse que, si bien han existido dentro del mundo del fútbol femenino formas de utilizarla como insultos, tanto con el uso del lesbianismo como con palabras como "machos" o "marimachos", esto no está tan presente en las jugadoras de fútbol de nuestra muestra. Según las experiencias personales de las jugadoras, las que recibieron estos agravios, son jugadoras experimentadas, que empezaron a jugar desde pequeñas cuando ciertas cuestiones en relación a las mujeres estaban permitidas y naturalizadas. Pero, ellas conforman la minoría de la muestra. La mayoría de las mujeres entrevistadas empezaron en el fútbol ya de grandes, al terminar la secundaria o cursando los primeros años universitarios, por lo tanto, no tuvieron en su experiencia este tipo de vivencias. Por el contrario, muchas de ellas son apoyadas y acompañadas a los partidos por novios, hermanos o padres.

Teniendo en cuenta el segundo punto, el cuerpo como objeto de sanción, puede decirse que estas jugadoras de los torneos locales en Zona Norte,

encajan dentro del modelo ideal de jugadoras de fútbol: son mujeres que se caracterizan por tener una feminidad hegemónica deseable. Ellas se presentan en los torneos con una estética que coincide con este modelo deseado: por un lado, gran parte de ellas, utilizan el pelo largo (sinónimo de ser femeninas) y, por otro, sus cuerpos no han cambiado a raíz de practicar el deporte, por el contrario, el común denominador de las jugadoras, son cuerpos en los que podría notarse o no la práctica del deporte, por tanto, no se representan en la caracterización de cuerpos físicamente poderosos. Lo mismo sucede con la idea de los cuerpos débiles y pasivos, ya que, si bien las jugadoras dentro de la cancha, expresan euforia, tanto al hacer un gol como al perder un partido, sus características físicas, se relacionan con cuerpos más bien débiles. Entonces, la corporalidad de las jugadoras analizadas, representa perfectamente el modelo de jugadoras hegemónico deseable caracterizado principalmente por la feminidad.

En cuanto a la vestimenta, las futbolistas de éstos torneos, también representan este modelo deseable de jugadora mujer. Ellas le otorgan un status a la vestimenta particular. Principalmente, tienen las posibilidades y los recursos económicos para darle un lugar importante al tema de la vestimenta en los torneos. La indumentaria profesional que eligen se basa en, por un lado, la utilización de marcas de elite, y, por otro, la confección de una indumentaria personalizada para cada equipo. Esto refleja que las jugadoras encajan dentro del modelo ideal del fútbol femenino, ya que, eligen vestimentas de ciertas marcas que fomentan los atuendos cortos y entallados al cuerpo, dándole un lugar más importante a la estética que a la forma de jugar.

Además, enfocándonos exclusivamente en el trabajo de campo realizado, la diferenciación entre hombres y mujeres relacionadas a las capacidades deportivas, no son representativas de la mirada que tienen las jugadoras que participan de los torneos privados del Conurbano Bonaerense. Para ellas, esta diferenciación no se da por las cuestiones biológicas o físicas, sino que aparece por las distinciones culturales y sociales entre los géneros. Según las jugadoras, esto se ve plasmado principalmente en la profesionalización del fútbol en la Argentina. Los hombres han tenido y tienen un espacio para desarrollarse profesionalmente en el deporte desde que son niños, lugares comunes en los que las niñas no pueden entrar. Otra de las diferencias entre

ambos géneros, según las mujeres encuestadas, es la forma en que los varones y las mujeres se organizan a la hora de arreglar un partido y cómo juegan dentro de la cancha.

En relación a la narrativa nacional, las jugadoras entrevistadas, entienden a lo nacional en cuanto al fútbol como sinónimo de lo masculino. En este sentido, estas futbolistas buscan encontrar narrativas propias dentro del deporte, basadas en el deseo personal de practicarlo, pero negociando este espacio que se les da. Y esto, lo hacen a partir de ser parte de él bajo los parámetros mencionados, es decir que, negocian su lugar dentro del fútbol femenino, aceptando y haciéndose cargo de los mitos y estereotipos que rondan alrededor de él en relación a la sexualidad, la corporalidad, la vestimenta, las capacidades deportivas y la narrativa nacional propiamente dicho.

MIRADA

Retomando la hipótesis planteada al principio de la investigación, se puede dar cuenta de que las mujeres que integran y forman parte de los torneos analizados, no se apropian del fútbol en un sentido de empoderamiento y de revalorizar el lugar de la mujer en esos aspectos de la vida con deportes no permitidos para ellas. El discurso común de la mayoría de las jugadoras es realizar un hobby, sociabilizar y tener un pasatiempo agradable. No comparten un sentimiento de lucha por darle valor al lugar que ocupan las mujeres en este deporte.

Por un lado, no son conscientes realmente de cómo llegó a instalarse un deporte socialmente masculino y de origen popular en las zonas en las que ellas residen. Muchas saben de los sucesos de los últimos años en el fútbol femenino en el que las jugadoras tomaron realmente un rol fundamental, sobre todo por el último mundial de fútbol femenino, pero pocas saben realmente del tema, es más una noticia que vieron o escucharon, que el lugar que le dieron a informarse y saber más del tema. Desconocen a las jugadoras que representan a la selección y a los clubes argentinos, lo que ellas han tenido que vivir para llegar a ser profesionales y, sobre todo, no tienen conocimiento de las luchas en el día a día de las mujeres en el mundo del fútbol. Todas repiten el discurso

común sobre las diferencias de género: los hombres siempre tuvieron lugar en el fútbol, las mujeres nunca pudieron tomar este espacio, pero no saben realmente lo que sucede en el fútbol femenino general.

Esto da cuenta que son pocas las jugadoras que participan de los torneos de fútbol en la zona norte del conurbano bonaerense, y que realmente están implicadas en este mundo y luchan, además de jugar y participar, por un cambio. Las demás, que representan a la mayoría, le dan otro sentido a la práctica. Estas mujeres no actúan como agentes de cambio dentro del fútbol. Sin embargo, no significa que no le den importancia o no tenga un lugar relevante en sus vidas, pero prevalece la idea de que es un hobby, que practican con amigas, primas, conocidas y que, invertir su dinero y tiempo para ir a jugar, abonar los torneos y comprarse la indumentaria, forma parte de realizar una disciplina deportiva. Es decir, lo toman como una actividad recreativa. Ni más ni menos. Podría ser fútbol o podría ser cualquier otro deporte. El fin es la sociabilización y compartir entre ellas, sin ningún objetivo de empoderamiento o lucha por dar al fútbol femenino otro lugar. Esto, sin embargo, sí se ve presente en la sociedad argentina por parte de las exponentes del fútbol femenino, algunas de las cuales he mencionado. Sin embargo, no son objeto de la presente investigación. Sí es necesario destacar esa diferencia entre la práctica cotidiana experimentada, con sus excepciones, como un hobby, un momento recreativo, de socialización sin un marcaje de resistencia o agencia de transformación, y una práctica pública, profesionalizada, o en proceso de, visibilizada y organizada como resistente, con perspectiva de género y feminista.

A partir de lo presentado en este trabajo, se puede dar cuenta de que las jugadoras conforman una cultura en la que comparten ciertas prácticas, modos de consumo y vivencias. De este modo, ellas forman parte de lo que puede considerarse una subcultura que tiene un interés común y la experiencia compartida del deporte. Según Clarke, Hall, Jefferson y Roberts: “las subculturas son subconjuntos -estructuras más pequeñas, localizadas y diferenciadas, dentro de una u otra de las redes culturales más amplias-” (2010: 73). Entonces, la cultura más amplia es el fútbol y, la subcultura, es representada por el fútbol femenino, la cual se conforma en un ámbito completamente masculino. Sin embargo, este vínculo está mediado por una

relación de fuerzas entre ambas. Para los autores, “una subcultura, a pesar de diferir en importantes modos –en sus “asuntos centrales”, sus formas y actividades peculiares- de la cultura de la cual deriva, también compartirá algunas cosas en común con esa cultura “parental” (2010: 73). En este sentido, la subcultura del fútbol femenino comparte ciertas características con el masculino propias del deporte (es decir, el fútbol como práctica deportiva y sus respectivas reglas). Pero, difiere en otras cuestiones, que la conforman.

La construcción de la identidad que se engendra dentro de esta subcultura se da, en principio, por la condición de ser mujer en un espacio masculinizado. Pero, hay otros factores comunes que hacen que se conforme esta subcultura como tal. Principalmente, todas las jugadoras de los torneos analizados tienen en común las características demográficas y socioeconómicas, lo que colabora para que puedan formar vínculos y entablar relaciones. Y ésta es una cuestión sumamente relevante que no hay que dejar de lado: el hábito fuera de la cancha. Esto significa que las jugadoras conforman una experiencia y costumbre común entre ellas fuera de la cancha, es decir, la actividad no se centra exclusivamente en ir a jugar, sino que se generan vínculos y relaciones a partir de acciones fuera del reloj del partido. La mayoría de los equipos de los torneos se encuentran en el lugar del partido con tiempo de anticipación para juntarse, establecer estrategias y, fuera de lo que es exclusivo del fútbol, contarse cuestiones personales. Pero, a su vez, cuando termina el partido, se conforma el hábito de quedarse en el club. Lo curioso de esta costumbre es que no importa el horario del partido, cuando finaliza, se sientan todas las participantes del equipo a tomar y comer algo. Se genera una experiencia compartida por cada equipo en el que empiezan a aparecer cervezas, papas fritas y pizzas. Estos objetos simbólicos permiten formar una unidad conformando la identidad colectiva de la subcultura del fútbol femenino que, pese a seguir subordinada por los valores de un fútbol masculino machista, no deja de constituirse como tal en las pequeñas prácticas particulares de cada torneo, club, equipo o jugadora.

Además, también tienen un lugar fundamental los familiares de las jugadoras. Por un lado, las jugadoras con hijos adaptan su vida cotidiana como madres a la actividad de ir a jugar. Los clubes donde se desarrollan los torneos cuentan con la presencia de niños jugando a la pelota en diferentes partes y

viendo a las madres jugar, hasta el punto de alentarlas desde la tribuna. Además, en algunos casos, cuentan con la presencia de los padres que quedan al cuidado de los hijos. Cuando terminan los partidos, ellos se suman a la experiencia de compartir alguna bebida o comida. Al igual que todo aquel que haya ido a alentar, padres, hermanos, amigos. Todos son participes de esta práctica común compartida por todos ellos que le da un valor a la subcultura formada por las futbolistas.

En la temática trabajada, entonces, se plantea una distinción, una frontera, entre lo de afuera, lo extraño, que serían las mujeres que llegan a un territorio exclusivo de los hombres, dónde son mal vistas, no cuentan con los mismos derechos y, por tanto, son excluidas. Si bien no pueden definirse fronteras materiales, se puede plantear una frontera definida por el género. Ésta no es geográfica ni se relaciona con las divisiones geopolíticas, pero es una frontera con controles políticos y administrativos, y es, sobre todo simbólica. Se puede ver reflejada tanto en las críticas masculinas particulares, en los estereotipos y prejuicios que circulan en la sociedad en general, en la desigualdad de la profesionalización de la mujer en el fútbol y en la dificultad de alcanzar esos espacios. Esta cuestión de la frontera está presente y es un discurso común en el mundo del fútbol femenino en general y en las jugadoras de la presente investigación, tanto porque lo han experimentado en carne propia con personas más lejanas a sus vínculos más estrechos o lo han vivido de segunda mano por otras jugadoras que sí lo hicieron y se lo trasmitieron.

En este sentido, es interesante retomar una cuestión de la que habla Berger (2010), en dónde refiere a cómo se diferencian las presencias de los hombres y las mujeres. El primero, con un poder sobre los otros, la segunda con una actitud hacía si misma que la lleva a partir en dos su ser. Para el autor, entonces, la mujer constituye su identidad a partir de dos elementos: la examinante y la examinada (y además ella debe saber que el modo en que *aparece* ante los hombres es crucial para el éxito). Si bien él hace referencia a las pinturas, es pertinente relacionarlo con las futbolistas femeninas, quienes, en algún momento del proceso de la elección de jugar, toman conciencia de la posición de desventaja en la que están. De la mirada (masculina) escrutante, evaluativa, examinadora, que constantemente está presente, aunque no lo esté (como el panóptico de Foucault).

Por este motivo, conviven con una doble moral en la que, por un lado, fomentan la igualdad de condiciones sobre la práctica del fútbol sin importar lo que los hombres digan, pero, por otro lado, aparece la intención de demostrar y "ser aprobadas" por ellos que son los que saben. En algunos casos profesan la igualdad de género y la capacidad de jugar bien al fútbol más allá de ser mujeres, pero a la vez, y aquí lo interesante, detrás de una actitud desafiante aparecen respuestas como: "le demuestro lo que sé hablando, pero sino mejor en la cancha, y cuando me ven jugando, no dicen más nada más", dice Elina, del equipo "Las Changas", cuando un hombre duda de ellas. Esta respuesta implica que, pese a estar confiada en que cumple con las condiciones para practicar el deporte y lo hace bien, necesita que un hombre autorice y apruebe su buen desenvolvimiento en el deporte.

Entonces, en esta búsqueda por alcanzar los espacios que son propiamente masculinos, se necesita la aceptación de los hombres para terminar de ser incluidas en este espacio. En este sentido, de apropiarse de una actividad netamente masculina, en la que conviven la aceptación y negación de la mujer jugadora de fútbol, y donde aparece un desafío que se encuandra en términos masculinos. El desafío destinado a las mujeres de demostrar que pueden hacerlo, y hacerlo bien. Esta dicotomía es sumamente interesante ya que, al final, las mujeres pueden participar de este deporte, siguiendo un modelo ideal de jugadora de fútbol femenino que se perfila en los vericuetos de la sexualidad y la existencia lésbica en el campo de juego, el control de los cuerpos y la erotización de los mismos a partir del vestuario e indumentaria, la trivialización de las capacidades deportivas y el exceso de sentimentalismo y una narrativa nacional constructora de una patria masculina hegemónica que es excluyente del género femenino. Estas cuestiones analizadas conforman la existencia limitada de las mujeres en el mundo del fútbol, y que se centran en una mirada crítica sancionadora que no se nombra específicamente, pero que se indica a partir de estas categorías que pueblan las entrevistas y las voces de las jugadoras.

Todo lo planteado no puede pensarse por fuera del contexto histórico en el que Argentina tiene muchas características de una sociedad patriarcal. La situación respecto al machismo y la prevalencia de cierto tipo de masculinidad

encarnada en lo que podríamos denominar “el macho argentino” consumidor/jugador de fútbol no es algo nuevo, pero sí es un asunto puesto en la mira por las más recientes reivindicaciones del feminismo.

Concebir una frontera es establecer que hay una división entre un ellos y un nosotros. Como define Rita Segato, “las alteridades históricas son los grupos sociales cuya manera de ser “otros” en el contexto de la sociedad nacional se deriva de esa historia y hace parte de esa formación específica” (2007: 9). En el fútbol femenino específicamente, las alteridades históricas son aquellas que se fueron formando alrededor de las diferentes historias nacionales (mencionadas al principio) y de las cuales en su interrelación primero devino el fútbol masculino. Esta identidad, entonces, no puede pensarse fuera de las relaciones de poder y del hombre (auto)legitimado como dueño de la práctica, es decir, todas causas que colaboraron con la forma patriarcal que tiene el fútbol hoy en día.

Sin embargo, el fútbol femenino se conforma como un subconjunto que está dentro de otras redes culturales más amplias (lo que sería el fútbol en general). El fútbol femenino, entonces, se considera como una cultura que se relaciona directamente con una cultura dominante (el fútbol masculino y todas las instituciones en las que se apoya). Pero, no se ubica en oposición de ella, ya que la cultura del fútbol femenino retoma cosas del fútbol para conformarse por sí misma, aunque, como he mencionado, la establece bajo los propios estándares de la cultura dominante. Pensándolo de este modo, hay una dicotomía entre un “nosotros” y los “otros”, que, a la vez es necesaria para la construcción de esta cultura del fútbol femenino, ya que hay una constante producción de una diferencia entre ellos. Es decir que no se oponen o someten al patriarcado, sino más bien, negocian con él.

Retomando estas ideas, encontramos, entonces, que hay un grupo establecido hace mucho tiempo (el fútbol en su conjunto) y otro más nuevo (fútbol femenino) que intenta ganar el terreno que ocupa el dominante. En este punto es pertinente tomar a Norbert Elias (1998), quien les da nombre a esos grupos: al primero como “los establecidos”, y al segundo “marginados”. Para él no existe estructura alguna que se imponga a cada sujeto, sino que hay una interdependencia entre cada grupo que conforma la sociedad, y no es posible plantear cualquier problemática por fuera de ello, es decir que, “el impacto de la

opinión interna del grupo sobre sus miembros va más allá. La opinión grupal cumple (…) la función y el carácter de la conciencia de la persona" (Elias, 1998: 57).

En la temática trabajada aquí, los establecidos poseen una cohesión en cuanto a cómo debe ser el mundo del fútbol, que está respaldada por una sociedad patriarcal. En este sistema, el colectivo de mujeres que quieren jugar al fútbol no son aceptadas por no pertenecer a ese mundo y son categorizadas como inferiores, son subestimadas y descartadas, tildadas como débiles, ignorantes y malas. El problema reside principalmente en que aceptar darles lugar significa, por un lado, dejar de tener superioridad en este territorio, y, por otro lado, perder poder. Los grupos de fútbol de hombres no suelen aceptar mujeres. A lo sumo, se organizan partidos mixtos, que no es lo mismo.

Conclusiones

Esta investigación se había propuesto como objeto encontrar, el (o los) motivo(s) que guía(n) a las mujeres, de clases media y alta, a jugar fútbol. La cuestión de género es evidente en este deporte, ¿pero es por ello que las mujeres de estas clases sociales buscan desarrollarse en el fútbol? ¿Intentan combatir el sistema patriarcal que las limita dentro del fútbol o las guían otras cuestiones?

En primer lugar, las mujeres de clase media y alta se apropian del fútbol a través de incorporar elementos más costosos y hacer un uso de este deporte que implica ciertos gastos que pueden hacer por sus condiciones económicas para darle un valor de diferenciación del fútbol más popular, de potrero. Por un lado, la indumentaria vuelve a ser una cuestión central, pero, esta vez, en relación a los costos. Los gastos, en este aspecto, refieren a la compra en marcas caras, entendidas más de elite, en las que compran la indumentaria profesional: los botines, shorts o calzas, corpiños deportivos o medias. Al momento de la investigación, por ejemplo, una calza larga deportiva en Adidas rondaba entre los $3500 y $7000 y, los shorts, entre $2000 y $3500. En Nike, por ejemplo, los botines cuestan alrededor de $14000 lo últimos modelos. Por otro lado, el costo de confeccionar camisetas personalizadas es un gasto extra considerable. El costo, en este momento del trabajo, varía según el lugar dónde se haga. Sin embargo, hay una marca común entre las jugadoras de los torneos, que está ubicada en la zona donde residen y es elegida por muchas de ellas. Esta marca se llama “Don Balón” y los precios para hacer las camisetas van entre los $600, la confección más básica y llegan hasta los $1500, según el diseño.

Otra cuestión económica importante en la reconstrucción del futbol que hacen estas mujeres, es el hecho de practicarlo dentro de torneos locales privados y pagos, en los cuales se abona la matrícula de la inscripción al torneo, y a su vez, cada partido se paga en el día que se juega. Lo interesante, además, es que, según las estadísticas de las entrevistas realizadas a las jugadoras, ellas juegan más de un partido semanalmente, y hasta en diferentes torneos, lo cual implica un gasto considerable a tener en cuenta a la hora de

llevar a cabo la actividad. Los precios de los partidos de cada torneo, previos a la suspensión de los mismos por la pandemia de Coronavirus, estaban entre los $1400 y $1800. Este costo se duplica o triplica para cada jugadora según la cantidad de torneos en los que participa. Esta cuestión de los recursos económicos, con los que cuentan las jugadoras para participar de este tipo de torneos, es una de las características que conforman la identidad de estas futbolistas. Como se ha mencionado con anterioridad, los mitos o estereotipos que se han analizado en esta investigación, no representan a las jugadoras de la muestra.

Teniendo en cuenta sus relatos, la mayoría de ellas expresan que la cuestión de género como ofensa y la sexualidad utilizada como insulto, no estuvo ni está presente en sus vidas cotidianas con relación al fútbol femenino. Es escaso el número de jugadoras que tuvo este tipo de experiencias, que se basó más en el no poder jugar desde pequeñas, porque en ese entonces no estaba permitido, más que la vivencia de situaciones en las que fueron avergonzadas o humilladas. Desde el punto de vista de una perspectiva patriarcal de género, el fútbol femenino no encaja por ser jugado por mujeres. Sin embargo, en este punto, las mujeres de la muestra no lo viven de esta manera.

Tomando la cuestión de la corporalidad, las jugadoras que participan en los torneos trabajados, califican dentro del modelo de jugadoras mujeres de fútbol. Si bien en los últimos años ya ha comenzado a haber una aceptación de las mujeres futbolistas, para las que participan de los torneos, no es relevante ya que, al representar el modelo ideal de jugadoras, no encuentran impedimentos para hacerlo. Sus cuerpos, entonces, no son objeto de análisis para quienes determinan el modelo. Pese a que, en realidad, el cuerpo como objeto de sanción, sigue presente en el ideal de la mujer autorizada para jugar al fútbol, centrándose en el cuerpo y excluyendo del foco las habilidades de ellas.

En relación a esta cuestión de la vestimenta, además del lugar económico que forma parte de la construcción que hacen las jugadoras, se suman dos cuestiones importantes: una la de mostrar su cuerpo en base a elección de la vestimenta que hacen, y otra, la de pertenecer al mundo del fútbol, eligiendo indumentaria similar a la que se utiliza en el fútbol profesional de hombres. Esto se evidencia en comparación con los hombres que participan de los mismos torneos, que no tienen ninguno de estos elementos en sus participaciones.

En cuanto a las capacidades deportivas, para las jugadoras, esto no se presenta como un impedimento real. Como hemos mencionado, no se encuentran razones verídicas en cuanto a la incapacidad de las mujeres por las diferencias biológicas entre ellas y los hombres. A su vez, las razones relacionadas al sentimentalismo, no tienen bases reales para impedir que las mujeres desarrollen el deporte, es más, estas jugadoras cuentan con todo el conocimiento de las reglas necesarias. Para las futbolistas de estos torneos, las diferencias entre hombres y mujeres, son principalmente las que están relacionadas a la historia cultural del deporte, en la que los hombres tuvieron gran espacio y, además, sociales ya que la forma de organizarse y la manera de jugar, no implica un impedimento para que se desarrollen, sino una mera diferenciación entre los géneros.

Finalmente, en lo relacionado a la narrativa nacional, como plantea Alabarces, parecería que las mujeres no pueden narrar la patria ya que la misma no se representa a partir de lo femenino. En este sentido, las jugadoras entrevistadas, no reconocen el fútbol como algo únicamente masculino. Si bien son conscientes del escaso lugar que han tenido las mujeres en la historia del fútbol, su realidad es otra. Ellas han podido participar de estos torneos sin problema, conformando equipos, aprendiendo cómo hacerlo y construyendo un mundo en el que pueden jugar libremente sin ser catalogadas negativamente ni excluidas por la condición de ser mujer. Aún más, en los torneos trabajados, las futbolistas pueden elegir días y horarios para participar. Sin embargo, como hemos concluido, la elección no es 100% independiente, por el contrario, a pesar de no ser conscientes de esto, su participación está en constante negociación dentro del espacio del fútbol, manejado por hombres, en el cuál las mujeres se desarrollan en sus márgenes y parámetros.

Para finalizar, es pertinente retomar lo planteado por Rial (2013), quien parte del análisis del fútbol femenino brasilero para determinar que la prohibición del fútbol está articulada por el género, la nación y el imaginario, lo cual excluye a las mujeres del gran colectivo del fútbol, y de un espectro de prácticas sociales, que las coloca en una condición pasiva, sumisa y de segunda clase. En este sentido, como he mencionado con anterioridad, esto va siendo modificado poco

a poco, pero hay algunas cuestiones que siguen presentes en la práctica del fútbol femenino.

Se puede sostener, entonces, que dentro del marco en que las mujeres empiezan a participar del fútbol, se da un mecanismo de dominación por parte del sistema del fútbol patriarcal en que las mujeres, para poder ser parte, se adaptan a ciertas normas masculinas, negocian con ellas y, así, crean una cultura común que las conforma. Es decir, que son libres, dentro de ciertos parámetros y bajo ciertas condiciones. Es lo que Williams define como hegemonía (1997).

Con respecto a la hipótesis de la presente investigación, se puede concluir que las jugadoras consultadas en este tipo de torneos no participan de los mismos con una consciencia social que busca derribar el mundo masculino del fútbol. Más bien, lo que hacen es desarrollar una actividad o disciplina deportiva particular como medio para socializar y construir relaciones personales que generan amistad y compromiso. Esto no quiere decir que a las jugadoras de estos torneos no les guste jugar al fútbol o no intenten desarrollar sus capacidades al máximo. Sin embargo, no está presente entre ellas la idea empoderadora de romper las reglas para practicar un deporte que hasta hace un tiempo no estaba permitido para las mujeres.

Esta conclusión no significa que a las mujeres jóvenes que residen en la zona norte de la provincia de Buenos Aires, no les importe nada más que verse bien mientras realizan un deporte que se puso de moda a partir de estos torneos. Sin embargo, parecería que todo lo analizado en la presente investigación no está ni en sus miras. Ellas llegan al lugar donde se juegue el partido ese día, se saludan, charlan y se cuentan alguna cosa, se preparan para jugar, juegan y luego, comparten un momento con algo para comer y tomar. Todo lo relacionado a los mitos y prejuicios que han circulado en la sociedad argentina en torno al fútbol femenino no es un lugar relevante en sus vidas y, mucho menos, utilizar ese lugar como motor para hacer algo más relacionado al cambiar las cosas o el empoderamiento femenino, simplemente es, por ahora, un deporte a realizar con un grupo de amigas para pasar un momento agradable. Y eso, es así, no se vive de otra manera. Al llegar a los espacios donde realizaría mi trabajo de campo, ya sea en diferentes días,

horarios y lugares, el clima era ese, desde la observación hasta en las entrevistas.

ANEXO

ANEXO 1:

ANEXO 2:

BIBLIOGRAFÍA

- Alabarces, Pablo (2014). Transculturas pospopulares. Las culturas populares, las hibridaciones y lo nacional popular". Oficios Terrestres, año 20, N° 30.

- Alabarces, Pablo Alejandro (2013). Fútbol, leonas, rugbiers y patria: El nacionalismo deportivo y las mercancías. Nueva Sociedad; 248; 12-2013; 28-42.

- Álvarez Litke, M. (2018). Marcando la cancha: una aproximación al fútbol femenino desde las ciencias sociales. *Cuestiones de Sociología,* 18, e055.

- Amossy, Ruth y Herschberg Pierrot, Anne (2001). La noción de estereotipo en las Ciencias Sociales. Estereotipos y clichés. Eudeba. Buenos Aires-

- Barthes, Roland (2003): "Bachín entre los negros" y "El mito es un habla despolitizada", en Mitologías. Buenos Aires: Siglo XXI.

- Berger, John (2010): *Modos de ver* (Selección de artículos). Barcelona: Gustavo Gilli.

- Bourdieu, Pierre (1979). La elección de lo necesario. La distinción. Madrid, Taurus.

- Brubaker, Rogers y Cooper, Frederick (2001). Más allá de "Identidad". Apuntes de Investigación del CECYP, N°7. Buenos Aires.

- Canal Feijóo, Bernardo (2008). Penúltimo poema del fútbol. Editorial El Suri Porfiado**.**

- Clarke, John, Hall, Stuart, Jefferson, Tony y Roberts, Brian (selección) (2010). Subculturas, culturas y clases en Hall, Stuart y Jefferson, Tony. Resistencia a través de los rituales. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de la posguerra. Observatorio de Jóvenes, Comunicación y Medios. Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Universidad Nacional de La Plata. La Plata.

- Domínguez, Sebastián (2019). Pelota de papel 3: cuentos escritos por mujeres futbolistas. Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

- Elias, Norbert (1998) “Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados”, en: *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá, Norma, 1998.

- Frydenberg, Julio (2009). Los barrios y el fútbol en la ciudad de Buenos Aires de 1930. XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia, Facultad de Humanidades y Centro Regional Universitario Bariloche. Universidad Nacional del Comahue, San Carlos de Bariloche.

- Garton, Gabriela y Hijós, Nemesia (2018). ‘La deportista moderna’: género, clase y consumo en el fútbol, running y hockey argentinos. Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología 30: 23-42.

- Hall, Stuart (2010): “El espectáculo del ‘Otro’”, en Restrepo, Eduardo, Walsh, Catherine y Víctor Vich (editores): *Sin garantías: Trayectorias y problemáticas en estudios culturales*. Lima: Envión Editores.

- Lerner, Gerda (1990): “La creación del patriarcado”. Editorial Crítica. Barcelona.

- Macías Moreno, Victoria (1999). Estereotipos y deporte femenino. La influencia del estereotipo en la práctica deportiva de niñas y adolescentes. Tesis doctoral. Editorial de la Universidad de Granada.

- Rial, Carmen (2013). El invisible (y victorioso) fútbol practicado por mujeres en Brasil. La Nueva Sociedad N° 248, noviembre-diciembre de 2013, ISSN: 0251-3552.

- Segato, Rita (2007): “Alteridades históricas/Identidades políticas: una crítica a las certezas del pluralismo global”, en *La Nación y sus Otros. Raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de Políticas de la Identidad*. Buenos Aires: Prometeo.

- Tate, Tim (2013). Girls with balls: the secret history of women’s football. John Blake Publishing.

- Williams, Raymond (1997). *Marxismo y literatura*. Barcelona, Península.